

PROLOGO

La Liturgia, con sus tiempos y fiestas, conduce el vivir del cristiano y del mundo en esta tierra, hacia "los nuevos cielos y la nueva tierra". Como en la experiencia de fe del pueblo de Israel, ella es la nube del desierto, que todo lo envuelve y transforma.

También la Liturgia es guía luminosa y segura, porque en ella Dios Padre nos habla especialmente por su Palabra y actúa por su Espíritu. Y desde la Liturgia y siempre de ella, salta su Palabra a todas las cosas para hacerlas ser y darlas sentido. El cristiano aprende la creación y el trabajo, radicalmente desde la Liturgia.

Y en ella, cada uno es singularmente potenciado para esa tarea única e ineludible: SER SANTOS. Todo lo demás ha de brotar como "por añadidura".

Llegados a la Cuaresma, en la vida y en el testimonio de D. José Rivera se hace patente una de sus convicciones fundamentales, que el bebió abundantemente en el Evangelio de Jesucristo: "Si el grano de trigo no muere, no da fruto..."

Ciertamente su ansia de fecundidad apostólica es pareja con su deseo de purificación y conversión. Estas páginas, diversas en su contenido y momento de la vida de D. José, dan buena fe de ello.

Pero apenas pueden reflejar los trabajos de estos deseos y ansias de santidad y fecundidad, minuciosamente cuidados con continuos exámenes de conciencia, con abundante oración y recia mortificación, con la frecuencia del sacramento de la Penitencia... Todo, muy regado y empapado con la paz interior y la alegría, que rezuma siempre la verdadera conversión cristiana.

Sobre todo, hay algo que sí reflejan estas páginas de D. José Rivera: La unidad de vida, que él edificaba en

el misterio. Así vivía él y así lo comunicaba. Esa unidad que se construye por el hundimiento continuo en el misterio, por el atender continuamente, incansablemente a la raíz de la vida cristiana: La Trinidad. La "obsesión" por lo personal le empuja directamente a la Trinidad, en la oración, y a cada hombre, en la caridad pastoral. Y entre esos dos amores, él va gastando su vida, como grano de trigo que muere.

Ahora es Cuaresma, llega la Cuaresma y todos somos "cuaresmeros". Aunque sólo sea para pedir humildemente pasión y compasión:

*"Señor, que los amas tanto,
Que has muerto en la cruz por ellos,
Sálvalos, Señor, Tú solo.
Yo soy malo y los condeno!*

*No me pidas que te ayude,
Que están mis brazos enfermos,
Que está ronca mi garganta
Y mis ojos están ciegos.
Que asfixian el alma mía
Los ardores del infierno
De los hombres que podía
- Y no quise - alzar al cielo.*

*Sálvalos entre tus brazos
Fuertes de amoroso celo;
No cargues sobre mis hombros
De su dicha eterna el peso!
Sálvalos solo, que yo,
Soy débil y me doblego".*

DISPOSICIÓN A LA CUARESMA

DÍA 19 DE FEBRERO DE 1985

Oración de 6 a 8. He dormido en el sillón de AM. Por eso he sido más fácilmente capaz de levantarme al despertar, puesto que la mañana me ha hallado vestido. Dentro de un rato iré a confesar, y luego —o antes— celebraré solo en casa.

Mañana **Miércoles de ceniza**. Me alcanza la Cuaresma tan inerte, tan pobre de las riquezas espirituales. Ciertamente, para *mi cuaresma+, considerándome individuo particular, poco importaría ello: nada obstaculiza la conversión la indigencia de ella. Solo puede convertirse quien no está convertido.

Mas la Cuaresma que he de vivir es simultáneamente la de *cuaresmero+, la de padre y madre de muchos...

Consideraciones, que me vienen solas, respecto del celo pastoral: expresiones de San Pablo a los Gálatas; expresiones de Santa Teresa en el *Camino+... (Qué lejos me encuentro de esos *dolores de parto+ por cada persona! De esa calidad de amor, que, pasando por encima de lo visible, se fija en la realidad personal de cada uno:

**Es cosa extraña qué apasionado amor es éste, qué lágrimas cuesta, qué de penitencias y oración, qué cuidado de encomendar a todos los que piensa le han de aprovechar con Dios, para que se le encomienden, qué deseo ordinario, un no traer contento si no los ve aprovechar. Pues si le parece está mejorando y le ve que torna algo atrás, no parece ha de tener placer en su vida; ni come, ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa si alma que tanto quiere se ha de perder, y si se han de apartar para siempre, que la muerte de acá no la tienen en nada, que no quiere asirse a cosa que en un soplo se va de entre las manos sin poderla asir+ (C.7,1).*

En verdad las amistades, que a lo largo de mi vida he ido formando, algo tienen, por mi parte, de esto; pero poco y débil, pues no raramente acabo cediendo a otras tendencias más carnales, sea para satisfacer inclinaciones imperfectas ajenas, sea para satisfacer otras egoístas propias. Y así vamos, de lo carnal a lo carnal, sin dejarnos nunca arrebatados por el Espíritu. Increíble como obramos contra nuestras tendencias más íntimas, las únicas reales, las más personales, constitutivas de nuestra realidad personal eterna... para construir castillos de aire, de naipes, que se deshacen al momento... Y lo vemos una y otra vez, y no escarmentamos en cabeza ajena. Ni aun en propia.

Aspecto de la conversión: **Rectificación y progreso en el conocimiento de la realidad.**

Rectificación: Mudanza de objetos particulares, como signos de la realidad. **Progreso: Crecimiento en la visión, intensidad, continuidad;** en la fuerza de la voluntad y en los sentimientos de gozo y pena por la unión o desunión verdadera —eterna— con las personas.

(Y no dejarme armar el caramillo por un rato más o menos de compañía sensible; por un acuerdo más o menos exacto en una idea o proyecto! Que todo es nada. Y no son esos los dolores de parto, sino las rozaduras del egoísmo magullado...

Y así suelen discurrir incluso las amistades *sacerdotales+. Y así no se acrecienta la familia cristiana, ni se crían robustos los hijos, ni alcanzan la adultez, o la alcanzan pocos y a duras penas...

Historia de mi vocación maternal: Arrepentimiento. Considerar un poco esta realidad, como disposición al sacramento que pienso recibir dentro de un rato. El aborto voluntario —que me parece horrible, que incluso lo siento como tal— es mera consecuencia de estas actitudes antisacerdotales de mi personalidad sacerdotal...

La misión —prolongación cierta de la misión divina del Espíritu Santo, de Jesucristo, el Verbo,— es clara. Ayer charlas con 3 sacerdotes. Día tras día crece el

número de sacerdotes, con quienes trato. A la semana próxima, las convivencias de Majadahonda... Las visitas dominicales a curas, cuyo número va creciendo, sobre todo por la *anexión+ de [...] al círculo de amistades o dirigidos... (Si fuera santo!...

No *siento+ todavía contrición. Siento todavía muchas propensiones pasionales, de apegos, de modos de ser individuales, que han de ser necesariamente transcendidos. Necesidad de confesiones más frecuentes. Necesidad de insistir en mis consideraciones, lecturas, predicaciones, en la esencia del celo pastoral, de los medios o maneras pastorales, de la abnegación de apetitos y modos y maneras individuales, que atan, y oscurecen y estrechan.... Y consiguientemente angustian, aunque en mí la angustia real no alcance lo que suele llamarse sensación de angustia ordinaria o patológica. La salud notable de mi psicología es una donación de Dios, algo así como gracia *gratis data+ en favor de los demás. Pero no puede derivar en despreocupación.

Por otra parte, la atención verdadera a quien sea no puede de ninguna manera suprimir, ni aun restringir, el estudio. Debo estudiar más. En esta última época la abundancia de actividad exterior va deteriorando la actividad de estudio, y a veces incluso la oración, aunque lo segundo suceda raramente y generalmente sea luego compensado. No debe ser así. En mi régimen de vida, y contando con las restricciones de sueño, el estudio ha de ocupar bastante más tiempo del que ocupa actualmente. Las eliminaciones de tandas de ejercicios lo disminuyen. Por lo mismo he de atender a guardar tiempos más largos y más frecuentes para estudiar en casa, en los días de curso ordinario.

La Cuaresma —contando como siempre hasta Pentecostés— debe ser una época sobremanera fructuosa.

*Procurar+ copias de los textos de San Pablo sobre el celo pastoral y de los párrafos de Santa Teresa a que aludía arriba. Y distribuir las entre las personas que trato.



Día 7. MIÉRCOLES DE CENIZA.

Oración de 5 a 8,15. Comienzo considerando los textos de la Misa.

ANTÍFONA DE ENTRADA. Dios todopoderoso, amigo de la vida, ama a todos los seres, se compadece de todos, perdona los pecados de todos, por que son suyos... Disponerme a experimentar mucho más intensamente su perdón, su amor.

Disponerme a experimentar su amor a todos, a perdonar a todos, compadeciéndome de todos... A amar más intensamente la vida... amar a los vivientes...

Al cabo, esta corriente, ininterrumpida desde hace muchos años, de confianza en este amor de Cristo... Pues hablando desde el nivel natural, ocasiones de tentación he tenido y tengo sobreabundantes...)Cómo entender este amor a la vida, viéndome muerto tantas veces, y siempre amortecido, debilísimo, pese a mis invocaciones... mi recurso a Cristo, a sus sacramentos...?

Este saber que me puede librar y verme esclavo... Este renovar la esperanza sin alcanzar nunca lo esperado... Es cierto que la gracia principal en mi vida es la confianza, contra esperanza...

ORACIÓN. Petición de auxilio que nos conforte, que nos mantenga en espíritu de conversión, que vivamos austeridad penitencial, elemento del combate cristiano contra las fuerzas del mal...

Austeridad penitencial: realidad de la austeridad, sentido de contrición...

LECTURA DE JOEL 2,12-18.

Conversión a Dios, con todo el corazón, con ayuno, con llanto, con luto... Fundados en su misericordia...

que obra ya, en la invitación misma... Llorar entre el atrio y el altar, implorando perdón para el pueblo.

Deseo de la gloria de Dios: que no puedan decir:
*)Dónde está su Dios?+.

Notar de nuevo: Juan Pablo II desea una conversión significativa, para los hombres de buena voluntad...

SALMO RESPONSORIAL (50)

Fundamento: conocimiento de la misericordia de Dios.

Reconocimiento de mi pecado y mis pecados, de los pecados y del pecado de la humanidad entera. Lo tengo siempre presente: signos continuos... Contra Dios solo... Y tengo siempre presente su misericordia: compasión, inmensa omnipotencia... Espero siempre que me lave del todo: que cree en mí un corazón puro, por la donación del Espíritu: santo, firme, generoso... y de ahí proclamaré continuamente la salvación experimentada...

Notar: no espero que con su ayuda pueda limpiarme yo, sino que me limpie El con operación creadora... Letificante... con la alegría de la salvación.

LECTURA de II Cor. 5, 20- 6,2.

La frase estupefaciente: "Dejáos reconciliar con Dios..." (Que hayamos de rogar, de rogarnos a nosotros mismos que nos dejemos reconciliar con Dios! (Que parezca un favor dejarse salvar!... Tal es la actitud, aun para conmigo mismo... Y eso en nombre de Cristo y por ello de Dios mismo ("Quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado...").

Seriedad de la petición: Se hizo pecado por nosotros... Seriedad de la petición del que habla: Debe dejarse hacer pecado...

Hondura y extensión de la palabra... como signo.

Este es el tiempo de la gracia: así la Iglesia..

Palabra reiterada del Papa...

EVANGELIO. Mt. 6,1-6, 16-18.

Prácticas cuaresmales: oración, limosna, ayuno. Intención al Padre, inmediatamente... Notar: necesidad de las prácticas. Necesidad de las referencias.

La recompensa, en el contexto de la liturgia es evidente, consiste en la conversión.

BENDICIÓN E IMPOSICIÓN DE LA CENIZA.

Complacencia de Dios en nuestra humildad y contrición; necesidad de las prácticas (lo mismo, v.gr. prefacio); esperanza de la limpieza de corazón (referencia al miserere rezado).

Complemento de las frases posibles: Eres polvo, te convertirás en polvo. Eres polvo, te convertirás en gloria... o en maldad eterna...

Urgencia de la penitencia: posibilidad de que sea la última ocasión... La limpieza, condición para celebrar los misterios de la Pasión...

De momento, no escribo nada sobre proyectos cuaresmales; sino intensificar la conciencia de la actividad del Espíritu y esperar que El me vaya sugiriendo, momento tras momento. Procurar un retiro la semana próxima... Para ello apurar las charlas con los seminaristas estos días...

Diario. Año 1984.

Día 17 de Febrero. MIÉRCOLES DE CENIZA.

Oración de 4,30 a 6,30, con la celebración solitaria de la Misa.

Esta tarde procuraré tomar la ceniza y asistir a la Misa en S. Andrés.

Comienzo estos días que inician la Cuaresma con notable ánimo. La esperanza de conversión personal en cuanto a mí mismo como individuo y en cuanto a la Iglesia, en primer lugar diocesana, sin la cual no puedo pensarme como persona, como la persona que soy.

Lectura, media hora antes de comenzar la oración, de los últimos discursos del Papa: los de Diciembre del 87. En su discurso del acto religioso, realizado en compañía del Patriarca Dimitrios, habla el Papa de "un sufrimiento, que llena de angustia nuestro corazón" por la división de la Iglesia. Aspecto sobremanera significativo de la orientación de mi penitencia: Que se muden las menudas angustias por minúsculos sucesos y situaciones individuales, en angustias horrendas por los males universales de la Santa Madre Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica...

Insistir en las visiones universales, detenerme en su consideración, predicarlas, estudiarlas...

Y tener muy presente que tengo un papel determinado en la **pronta** solución de tales problemas, en la superación de tales **desgracias**. Pues en tales materias hay que hablar exactamente de **desgracias**. Y mi aportación consiste en la práctica de las recomendaciones de S. Pablo a los Romanos (12, 10-13), según la expresión del Patriarca Dimitrios:

"Amándoos los unos a los otros con amor fraternal, honrándose a porfía unos a otros. Sed diligentes sin flojedad, fervorosos de espíritu, como quiénes sirven al Señor, vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación, perseverantes en la oración,

subvenid a las necesidades de los santos, sed solícitos en la hospitalidad".

Y la insistencia del Papa en la humildad del Bautista.

Reiterar e intensificar la certeza, ejercida en los actos mismos, de que cualquier ejercicio de tales virtudes fruta en la Iglesia Universal.

Debo incrementar la conciencia de apremio. No se puede perder el tiempo. Los desmoronamientos de las personas y de la Iglesia en totalidad se producen ya, minuto por minuto... Por ello los esfuerzos de reedificación han de ejecutarse **ya**, sin perder minuto.

Sin duda no poca gente, sobre todo entre los jóvenes, pecan de **impaciencia**, y desde luego el vocablo usado: **pecan**, no significa pecado en su sentido estricto. Pero la masa inmensa de las gentes católicas, pecan -y aquí hablando con exactitud- de pereza. Este dejar las tareas y suponer que requieren años y años gastados **primero**, con primacía cronológica, en preparaciones que nada preparan, como hemos podido constatar durante el larguísimo período que abarca ya mi historia individual...

[...]

Supongo que no voy **a cumplir** las orientaciones señaladas, de tal manera que cubra los objetivos expresados: pero me sirven de orientación, como siempre. Y creo bien comprobado que tal sistema es válido.

Día 18 de Febrero. Jueves de Ceniza.

Oración de 4,30 a 6,15, después de 1/2 hora de lectura de Ruysbroquio.

Jamás he comenzado una Cuaresma con tanto deseo y tanta confianza. Hoy debo confesar, pues ayer no encontré oportunidad. Debo de seguir ágil, sin cansancio, ya que despierto antes de la hora y me levanto fresco y animoso.

Observo más y más urgente y precisa la mudanza de

casa, la situación externa de soledad silenciosa. Mientras llega el momento, debo insistir en la paciencia en las menudas contradicciones continuas de planes personales de estudio, oración, sueño... Acaso haya de dividir la Cuaresma en dos secciones sucesivas: la primera será el campo de actuar la fe con ocasión precisamente de tales momentos; la segunda será el disfrute de la soledad. En todo caso la semana próxima he de acelerar la búsqueda del piso...

[...]

Parece que tomo más seriamente la indispensable faena de la abnegación: el famoso "agere contra". Que voy dándome cuenta con más frecuencia y más energía de la posibilidad de dominar los impulsos carnales. Y progreso en el conocimiento de ellos. Incluyo, como corresponde, la multitud de pensamientos que me ocurren...

La visión de mi personalidad en su funcionamiento produce tal sensación de caos que, si no fuera por la espontaneidad gratuita de la fe, desesperaría, sin duda. Verbenean pensamientos, razonamientos, imágenes, deseos, con centenares de objetivos diversos, resistencias, repugnancias, irritaciones, complacencias, comodidades... (Qué mundo asqueroso de egoísmos! Y la tremenda debilidad y la fragilidad todavía más tremebunda... Y el panorama excitante y horrendo de las indigencias de la humanidad. Tanto más estimulante y espantoso, cuanto que se reconoce como susceptible de curación y elevación...

Y este disgusto de tantas zonas de mi propia personalidad, que se resisten a la integración, con pérdida de tiempo. Y la sensación lacerante de la división y dispersión consiguiente...

Parece que va siendo más asequible el ayuno, tanto frente al hambre y el gusto individual, como frente a las solicitudes ajenas. Pienso que es menester capital, que debo reconocer como operación de la caridad de Cristo, y simultáneamente como condición imprescindible para la oración, la liturgia, la caridad interior. Es impensable la distracción en que vivimos. Sin duda me resulta mucho más fácil la concentración intelectual de lo "normal"; pero eso mismo incide el grado de intensidad

a que puedo llegar en condiciones favorables, que en esta casa no se dan nunca. Salvo, claro está, a estas horas... Seguridad -y todavía no perfecta- de soledad y silencio apenas disfruto desde la levantada (hacia las 4) hasta las 6,30.

Voy a releer el himno dominical del oficio de lectura, que siempre he estimado programático para la cuaresma:

*"Utamur ergo parcius
verbis, cibis et potibus,
somno, iocis et arctius
perstemus in custodia.
Vitemus autem pessima
quae subruunt mentes vagas..."*

La Cuaresma indica el deseo de Cristo de influir por modo de recogimiento interior. Por lo mismo, discerno como procedentes de El las ideas y los impulsos al recogimiento: la atención actual, incluso refleja, a El mismo y a su obra redentora. Naturalmente ello acarrea:

"Arctius perstemus in custodia": "velad y orad": atención positiva a su presencia, en los diversos modos conocidos. Insistir en las **actualizaciones famosas** -en la oración-, prolongando un poco el tiempo dedicado -las vigiliass- los sacramentos: más frecuencia de confesiones, más empeño en asistir a Misa... (v.gr. los domingos podría asistir por sistema a la Misa del seminario...), -mucho más fidelidad a los exámenes de conciencia.

Más interés por el silencio: notar que, aunque de momento les moleste, a las dos señoritas de la casa les ayuda guardar silencio. Cerrando la puerta probablemente se logra el objetivo...

En el silencio interior puedo considerar asimismo la eliminación de lecturas, cantos, curiosidades (muy raras siempre). Todo lo que sea dominio de la curiosidad es abnegación de distracciones y crecimiento de oración. Tiempo sagrado como es, la Cuaresma debe vivirse como si pasáramos las horas en el templo... El lugar sagrado, la estancia en lugar sagrado, consagra automáticamente el

tiempo, el tiempo sagrado debe consagrar automáticamente el lugar...

"Cibus et potibus": llevar al extremo posible -pacíficamente- la abstinencia de comida y bebida. La expresión encontrada para las comidas **en casa** al menos: tomate - queso - fruta - pan tostado; resulta muy adecuada y completa. **Fuera de casa**: insistir lo más posible (con paz! en no tomar nada o muy poco, con abstinencia de vino, cervezas, etc. Cualquiera de las personas que trato saldrán más bien edificadas que molestas...

En estas abstinencias debería, sin duda, entrar el tabaco... pero (la paz!...

En estas abstinencias sí puede entrar la elección de lo incómodo; asientos, temperatura... posturas...

"Iocis": apenas imagino nada en mi vida que podamos adscribir a este capítulo. En todo caso serían materias ya señaladas: lecturas - cantares...

"Vitemus pessima quae subruunt mentes vagas...": Esmerarme en la repulsa de pensamientos inanes...

Naturalmente en la mortificación cuento la ejecución de las tareas debidas: la agenda... cartas pendientes... el trabajillo de los quinquenales... las lecturas de clase... Es lo acostumbrado, con menudos perfiles, que pueden ser soberanamente fecundos...

Repasando textos de ayer, me ocurre de nuevo la oposición entre organismo y organización. La Iglesia, una vez alcanzada cierta madurez, establece una organización bastante perfecta... y entonces se inicia la decadencia. Pienso que se ha dado continuamente un error que solamente en nuestro tiempo empieza a ser corregido. El hombre maduro -aun en la vida espiritual- no cae en la cuenta de que para él es orgánico (y por ello más o menos espontáneo, ejerciendo de su propia personalidad) lo que para otros es todavía mera organización: y se lo planta. Y en lugar de servirles para el desenvolvimiento personal bajo el influjo del Espíritu, les sirve de obstáculo para ese mismo desarrollo.

En no pocas ocasiones sucede que para **unas cuantas personas** es orgánico un estilo objetivamente organizado, pero vistas las buenas consecuencias de tal "organización" -que no es organización- se aplica a muchas personas para quienes sí que lo es. Y de tal manera estilos que podrían resultar fructuosísimos en la Iglesia se convierten en dificultades casi insalvables.

En el fondo de tales actitudes y errores late la desconfianza en el amor de Dios **a las personas**; se fían más de las leyes que de los hombres. Vicio inveterado en multitudes, que se llama, sin más, **fariseísmo**.

La Iglesia va tornando hoy a la visión recta: las leyes recobran su sentido, y se ofrecen más orientaciones que leyes.

Cuando **lo personal** no brota en la misma Iglesia, como consecuencia orgánica de la revelación divina, va siendo trabajosamente e impuramente reconocida desde los progresos naturales, y viene a resultar que algo esencialmente y recalcadamente evangélico, que constituye el tema de muchas discusiones de nuestro Señor con los fariseos, es mantenido frente a la Iglesia por los no creyentes... Algo literalmente horrible... Porque, por añadidura, no produce ni los frutos connaturales por la dicha impureza de los planteamientos y la debilidad y fragilidad que obran en las ejecuciones...

Esto es fundamental tanto para el crecimiento individual como para los planteamientos pastorales de las comunidades católicas...

Diario. Año 1988.

Día 28 de Febrero. Miércoles de Ceniza.

Oración de 5'30 a 7, aunque tal vez pueda prolongarla, pues no hay Misa en el seminario.

Hoy debo comenzar con empeño ciertas prácticas "penitenciales" nunca abandonadas, pero llevadas a cabo flojamente, intermitentemente. Así el examen, la abstinencia de tabaco y comida, la reiteración de retiros y vigiliass...

Que el entusiasmo real y plausible por el crecimiento y transformación de la Iglesia no me disimule mis defectos y pecados individuales. Voy calando más, mucho más, la realidad de que yo me santifico en la santidad de la Iglesia; podría debilitarse la certeza de que la Iglesia se santifica en mi santificación...

Y acaso deba ir preparando la retirada de la vida pública... Todavía desarrollo actividad muy intensa, con gozo y aparente provecho... Mas he de preguntarme, y en la Cuaresma misma, ¿es lo que Dios quiere?

Muy verosímilmente mi faena consista en perfilar "ideas" y transmitir las a estos pocos que parecen suficientemente fieles al Evangelio, tal como resuena en mi boca y en mi conducta. Algo que, desde luego, está por ver... He de insistir en la *agenda*: llevarla, atenderla... y procurar cumplirla. Sin duda son muchas menos pifias que cometo en tal cumplimiento; pero aún son abundantes. Y lo mismo la mansedumbre, las maneras de referirme a otros, los comentarios... Unir la sinceridad con los primores de la caridad... Algo psicológicamente difícilillo; pero perfectamente posible para el Espíritu Santo.

Ante todo debo incrementar la exactitud y el aumento de oración, lecturas espirituales y, sobre todo, confesiones. Y durante la Cuaresma, restaurar el hábito de las vigiliass con exposición. Y la atención más intensa a los textos litúrgicos. Creo que se abre la Cuaresma con mejores disposiciones que ninguna de las precedentes. Aunque muy probablemente los enunciados sean casi los

mismos.

En estos días, por más que me resulten muy atareados, debo repasar retiros antiguos para advertir esa multitud de cosillas que han ido siendo omitidas y que, realizadas, darían fruto actual.

Notar la colecta de la Misa: mantenerse en espíritu de conversión- austeridad penitencial en estos días- lucha cristiana contra las fuerzas del mal.

Tomarlo enteramente en serio...

La primera lectura, predicarla... vivirla yo ante todo.

El tema de la contricción, de la reconciliación... Releer los documentos del Papa sobre el tema; los textos litúrgicos...

Insistir en la eficacia de la Palabra divina. Si creen, todo es posible al que cree.

Revolver con creciente dolor la situación de las gentes; cuando yo experimento tales situaciones como muy dolorosas para mí, sin duda que el Señor se compadecerá de mí. Más que nunca, volviendo la vista atrás, hasta mis primeros años objeto de posible recuerdo, vivo la sensación y la idea de "niño mimado por Dios". No va a cambiar ahora... Pero los caprichos son hoy muy universales... y francamente desinteresados. Si exhumo, de los subterráneos de lo pretérito, sucesos particulares, encuentro de una u otra manera, signos de su ternura. Y al cabo, lo que no ha podido venir más que en El, esta continua ansia de santidad, jamás interrumpida, ni en los largos peores momentos, prolongadas épocas en mi historia. Pues nunca he pensado mi santificación como éxito mío, y mucho menos como éxito exterior, laudable para el ambiente. Por los males y por los bienes, he sido siempre criticado, censurado, despreciado incluso... Y Dios me ha concedido siempre que todo ello no me perturbara, y desde hace años, que ni siquiera me afecte. Es una historia entre las Personas divinas y yo, aunque se desenvuelva en ambientes de Iglesia, se viva en el regazo de la Iglesia, redunde, más y más, en el crecimiento de mi amada Madre, una, santa, católica y apostólica...

No siento gusto notable por los avances parciales constatables en la tierra. Sí, por los definitivos, como las muertes de la M. Angeles, de Gamazo, y sobre todo, claro, de Paula María. Espero sentirlo si se produce esta transformación tan deseada de la Iglesia diocesana. Pero si no puedo llegar a verla, si he de ser espectador de su proceso de raudo derrumbamiento, tampoco me parece que sufriré cosa mayor. No voy a señalarle a Dios los pasos de lo futuro; solamente esperar, desear confiadamente, su acción sobre nosotros. Mis contentos o gustos se manifiestan en el estado de ánimo general, nunca interrumpido desde hace años, muchos años, de notable alegría, diría, buen humor. Los cortes de tal buen humor son instantáneos, por alguna explosión de ira, a veces frente a las contradicciones que sufre mi egoísmo - y esa es la tarea del momento: corregirlo-; más frecuentemente por los fallos de la Iglesia...

En todo caso debo humillarme ante Dios, como corresponde, y rogar me conceda de una vez el don de la contricción profunda, violenta, universal. Limpieza de corazón...

Y así entro por las puertas de la Cuaresma...

Como no celebramos la Misa matinal en Sta Leocadia, prosigo mi oración en el aposento, hasta las 8'45. He dedicado una media hora a la lectura del librillo sobre S. Felipe Neri. Advierto aspectos permanentes, y noto también aspectos desvanecidos, en el progreso de la inteligencia de Cristo y del hombre. Necesidad de meditar muy pensativamente las biografías de los santos, escudriñando, como digo yo y decía S. Felipe, la vida de Cristo en ellos. Y lo mismo leo en unas antiguas fichas sobre liturgia que ando repasando.

Pienso en la pobrísima efusividad de mi oración. Mas ¿no es este mi talante general? En las relaciones personales con las personas más amadas y quitando algunas ocasiones por escrito, ¿no soy notablemente soso? Con atención de expresiones afectuosas, amorosas, que sin duda deben de proceder de la herencia. La sosera general de papá y mamá. Una especie de pudor, de respeto ante algo grandioso, que sólo se ha roto a veces bajo impulsos

corporales, precisamente los no genuinamente personales, los luego reprobados... Hubo un tiempo de sobreabundantes efusiones: la adolescencia. Y bien pasado está. Me prefiero así. Pues soy firme, constantísimo -no creo haber perdido yo cariño a nadie-; las pocas rupturas no han sido provocadas por mí; sino que movido por la sinceridad, **por esta ansia de realidad que vive mi persona**, he constatado y declarado la ruptura existente... Algo parecido me sucede con Dios. Sólo que aquí no puede haber rupturas personales; solamente pecados. Y manifiestan el desequilibrio personal. Como es normal -aunque no corriente- a medida que crece la personalidad, se desvanece el pecado. Siempre, por gracia de Cristo.

MARZO. Día 1.- Jueves después de Ceniza.

Oración de 4 a 6, con 1/4 de hora de lectura previa en el librito de S. Felipe Neri.

Meditación de los textos de las Misas de ayer y de hoy. Tomarme totalmente en serio, con atención a todos los pormenores, y la Palabra divina.

La gracia de conversión va desarrollando con amplitud inesperada la actitud general y los actos y artefactos particulares. Las prácticas dichas cuaresmales, felizmente resumidas por S. León, en la frase: oración-limosna- ayuno, deben encararse muy circunstancialmente.

ORACIÓN: A más de la exactitud en el tiempo mínimo y en el rezo de horas, debo cuidar afinadamente lo que llamamos "presencia de Dios", entendida con sus matices tantas veces meditados. Y como ayer escribí, procurarme vigiliass semanales siquiera, y más frecuencia de confesión.

LIMOSNA: Revisar si no poseo todavía objetos que puedan ser vendidos o donados. Repugnar *cualquier* comodidad o gusto que cueste. Aplicación al tabaco, claro... Humillación frente a las deficiencias.

Sin duda no lo han entendido, por lo común, tan estrictamente los santos de otras épocas. Sin duda. Y no

es que fueran menos santos, es que era época menos avanzada. Las torrenciales gracias divinas sobre el tema a lo largo de siglos, hasta llegar al nuestro. Los beneficios naturales, que en progreso continuo, han ido estrechando los lazos de comunicación entre los hombres, indican que Dios quiere una *práctica* de caridad mucho más perfecta.

Y un aspecto al que debo atender es **la prontitud**. (Cuanto me mortificarían a mí, si fuesen tan lentos en atender mis caprichos! Y ellos deben esperar un día y otro; volver un día y otro; escuchar un reproche y otro...

Cuando no pueda satisfacer la necesidad o el capricho del demandante, he de responder con claridad, firmeza... y respeto. Mucho respeto. Aunque lo sean, yo no debo tratarlos como a niños, sino como a señores. Tal ha sido siempre la manera de los santos.

No admitir buenos tratamientos que los pobres no reciben. Seguramente no voy a poder conseguir que el ambiente cambie hasta donde pienso debe cambiar; podré alcanzar ser mudado yo y contribuir a inquietar siquiera ciertas zonas de la sociedad. Naturalmente no he de hacer más de lo que Dios me encargue... Y las empresas divinas usan -y abusan- de la contradicción.

AYUNO: Prácticamente va incluido en el apartado de la limosna. Solamente añadir algunas mortificaciones que no tienen que ver ya con el precio, sino con el gusto. Donde vea uno innecesario, implorar las fuerzas para evitarlo. No es otra cosa que proseguir la oración litúrgica...

Y sin precisiones exigentes, pedir lo mismo para los demás...

[...]

Releyendo las máximas de S. Felipe, advierto la necesidad de afinar el entendimiento para entender rectamente el pensamiento de los santos y, en general, de cualquier autor o interlocutor. Pues cada frase va dicha en situación singular de tiempo, circunstancias, humor,

etc. Y por otra parte caigo en la cuenta de mi imperfección *terrible* en todas las virtudes. Apenas las tengo a medio hacer... Y ello debe literalmente aterrarme; pues me indica el riesgo de morir sin ser santo y de ser infecundo en mis operaciones... Como la fábula de Samaniego:

*"Tantas idas y venidas
tantas vueltas y revueltas
quiero, amigo, que me digas,
)son de alguna utilidad?"*

Pero ando -y andamos- como las ardillas... Muy simpáticas y graciosas a veces, pero estériles y apenas vivientes.

Diario. Año 1990.

SENTIDO CRISTIANO DE LA CUARESMA

La Cuaresma es un tiempo litúrgico. Un tiempo establecido por la Iglesia. El mismo Espíritu que asiste a la Jerarquía para que lo establezca rectamente, nos asiste a todos los creyentes para que lo vivamos fructuosamente.

No es por tanto iniciativa mía privada, ni trabajo privado mío, sino iniciativa del Espíritu Santo en la Iglesia, para que lo viva con todos los miembros de la Iglesia, en provecho de todos los hombres del mundo.

Pero la Cuaresma es una época de preparación dentro de un ciclo entero, que abarca desde el Miércoles de Ceniza hasta Pentecostés. Debo ser consciente de que comienzo un tiempo litúrgico de más de tres meses de duración y cuyo fruto sólo puedo obtener en Pentecostés.

Es un tiempo en que Dios actúa en mí con especial intensidad. Consiguientemente yo debo poner especial intensidad en cuanto a tiempo, ejercicios, interés... Se trata ante todo de actitud interior, pero incluye necesariamente actitudes exteriores y requiere tiempo, que habré de sacrificar tomándolo de otras actividades.

Mi actitud básica es la atención a la Palabra de Dios en la Iglesia: La reflexión constante de los textos litúrgicos. **Especial dedicación a acoger la Palabra de Dios:** *A entenderla. A ponerla en práctica. A realizarla.*

El punto de partida es **la convicción y el deseo de que debo ser convertido. En un sentido radical y total. Debe haber una verdadera renovación de mi personalidad.** La postura fundamental es la **esperanza: Deseo confiado de cambio**, apoyado en la oración de la Iglesia que lo pide a Dios continuamente. Pero debe ser una actitud consciente y explícita. Debo considerar explícitamente que mi tarea en esta época es ésta: Dejarme convertir, acoger la palabra del Espíritu en la Iglesia.

Lo primero es la penetración de mi realidad de hombre pecador: es el pensamiento dominante de las dos

primeras semanas. Mis meditaciones y lecturas deben orientarse a eso. Y en la Misa de cada día debo escuchar con atención esta revelación sobre mí mismo: **Soy un pecador llamado a la santidad.** Eso me expresa la celebración eucarística, en los textos del Ordinario que debo reflexionar hondamente.

La tercera y cuarta semana se me ofrece predominantemente mi realidad de bautizado. En la Vigilia Pascual renovaremos las promesas bautismales. Hemos de prepararnos intensamente.

Después de la cuarta semana, hasta el Sábado Santo, la Iglesia quiere hacernos profundizar en **el misterio de los sufrimientos de Jesucristo.**

Así el objetivo es morir con Cristo para resucitar con El y recibir su Espíritu. Esto no son frases, sino realidad. **Y la tarea de morir es anterior a cualquier otra cosa.** Por eso requiere **intensidad máxima.** De lo contrario no puede haber verdadera participación en la resurrección, ni acogida del Espíritu santo.

La Cuaresma tiene que asemejarse a los 40 días de desierto de Jesús:

- en abundancia e intensidad de oración.
- en abundancia e intensidad de mortificación.
- en abundancia e intensidad de la caridad hacia los hombres por quienes Jesucristo ha muerto.

Las actitudes cuaresmales suelen concretarse en éstas:

ORACIÓN, LIMOSNA, AYUNO.

ORACIÓN: intensificar el trato con Dios: ratos largos de oración, lecturas espirituales, recogimiento interior: Jesucristo se retira al desierto. No podemos nosotros hacerlo materialmente, pero sí acrecentar esa soledad íntima con Dios. Es evidente, por muy poco de moda que esté, la necesidad de evitar toda distracción. Más aún, de suprimir toda actividad no obligatoria. Intensificar el examen de la recepción de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Y sobre todo de

nuestra preparación a recibirlos.

LIMOSNA: Atención al prójimo. Oración de intercesión, peticiones frecuentes durante el día.

Atención en el trato obligado de trabajo, amistades, etc... Planteamiento radical:)No podría en adelante hacer más por el prójimo?)Aproximarme más a los hombres?)Darles más de mi tiempo, mis capacidades, mi dinero?)Tomar más en serio las palabras del Evangelio referentes a estas relaciones?)Ayudarles más espiritualmente con mi oración, mi sacrificio, mi palabra, mi testimonio y ante todo con mi santidad?

AYUNO: En rigor ya está expresado, como condición de lo anterior. Examinar si no puedo eliminar muchas cosas de mi vida, muchas diversiones, descansos, comodidades, pensamientos, deseos, recuerdos, intenciones, trabajos incluso.

Nos preparamos a morir con Cristo que ha dado la vida por cada uno de los hombres.)Estoy yo desgastando mi vida por los demás?)No me reservo **nada**? No se trata simplemente de dar de lo que me sobra, sino **de comunicarme yo entero**, con lo necesario incluso. Todo acto interior o exterior con referencia egoísta debe ser eliminado. Y si de momento no me encuentro con fuerzas, debe ser objeto de mi oración para recibirlas y cumplir gozosamente las intenciones de Jesús, a ejemplo suyo, movido por El.

El modo exterior de vivir todo esto resulta sumamente elemental. El misal meditado seriamente, en los textos del Ordinario y en las partes variables de cada día. El Ritual de la Penitencia y del Bautismo. La Liturgia de las Horas, si puedo emplearla. Y algunas lecturas sobre los temas enunciados.

Probablemente habremos de confesar humildemente que hemos cruzado muchas Cuaresmas sin obtener frutos mayores, al menos en cuanto puede constatarse. Pero deberíamos examinar si hemos intentado --aún dentro de nuestras enormes limitaciones- vivir en serio alguna vez la Cuaresma. Si hemos prescindido de cuanto podíamos prescindir y nos hemos concentrado en la atención a

Cristo según nuestras fuerzas. Si hemos hecho algún caso a los textos de la Liturgia. Si hemos intentado acompañar a Cristo en el desierto y en la cruz...

PARA EL RETIRO CUARESMA

RETIRO DE CUARESMA - 1978

10 MEDITACIÓN.- La Cuaresma como progreso en mi vida de bautizado.

El Bautismo: Incorporación a Cristo resucitado.- Nueva vida: vida de Cristo en mí. Transformación radical, total. Novedad absoluta.

La vida personal cristiana se realiza en relaciones personales:

- Relación con Jesucristo: esposo, cabeza...
- Relación en Cristo con el Padre: hijo.
- Relación con el Espíritu santo: principio, **alma** de mi personalidad nueva.
- Relación con los hombres: integración en la Iglesia - relaciones con los hombres en general.
- Relación consiguiente con las criaturas.

El Bautismo, muerte del "hombre viejo".- Renuncia a Satanás. Ruptura con el mundo...

20 MEDITACIÓN.- La alegría en la vida del bautizado.- Resucitado con Jesús. La resurrección eterna con Jesús.

El Evangelio de la "Buena noticia". Ser bautizado es vivir esta buena noticia.- Es dejar que me invada y me transforme el gozo del Resucitado.

El Nuevo Testamento aporta un gozo nuevo, incomparable en cantidad y calidad.

La calidad del gozo cristiano: gozo y placer. El gozo es alegría espiritual,

- radical
- independiente de las circunstancias
- satisfactoria
- pacífica
- abierta

- capaz de ser compartida...

Los motivos del gozo cristiano:

- El ser conocido y amado - comprendido, seguro - para siempre.
- El conocer y amar a Cristo, al Padre, al Espíritu. Conocimiento y gozo. Amor y gozo.
- El gozo de la caridad fraterna: la alegría de comunicarse - de compartir - de dar y recibir - la eternidad de la comunicación - la caridad y la tristeza.
- El gozo de la estabilidad: la esperanza.
- El gozo del triunfo, del "negocio", continuos...
- El gozo del sufrimiento.

30 MEDITACIÓN.- El sacrificio - la renuncia - La muerte temporal con Jesús crucificado.

Sentido del sacrificio: la elevación del nivel de vida, de actividad.

La renuncia: la represión - la renuncia y la elección amorosa, gozosa...

La renuncia: radicalidad - totalidad - novedad - interioridad - continuidad.

Importancia: necesidad absoluta de la renuncia al egoísmo, al mundo, a Satanás. El sufrimiento y la renuncia.- El deseo de ser - de hacer - de poseer.- La autosuficiencia.- El recuerdo - el pensamiento - el deseo - la actividad hacia fuera...Las llamadas relaciones personales.- Las propiedades de cualquier objeto no personal.

RETIRO DE CUARESMA - 1979

1.- MEDITACIÓN

La conversión es recibir la gracia de Dios que me hace volver a El, separándome de mi situación de pecado.

Volverse a Dios es avanzar hacia la intimidad con las Personas Divinas que habitan en mí por la gracia.

Pero habitan en mí, en cuanto formo parte del Cuerpo de Cristo, que es el Templo de la Trinidad.

Por eso la Cuaresma es tiempo litúrgico eclesial: en cuanto recibo la gracia de Dios en la Iglesia y de la Iglesia.

Consecuencias prácticas. Revisión de mi actitud como miembro de la Iglesia. Revisión de mis actuaciones.

Oración. Sacrificio. Apostolado.

2.- MEDITACIÓN

Cristo nos convierte, nos salva, haciéndonos capaces de colaborar con El, salvando a otros. El cristiano como apóstol.

Visión de la indigencia de la sociedad actual. Peligro real de condenación. Peligro de frustración relativa eterna de todos.

Obligación del Apostolado para todo cristiano.

Elementos del Apostolado: Persona que envía.- Persona enviada.- Mensaje confiado.- Personas a quienes se envía.

Figura del Apóstol: testigo enviado.

El apóstol como testigo: La experiencia de Cristo resucitado.

El apóstol como testigo activo: El que da testimonio.

Descripción de la figura del apóstol.

3.- MEDITACIÓN

Desarrollo de las notas del apóstol:

- .- Es hombre de oración: Contempla a Cristo. Intercede por los encomendados.
 - .- Es hombre de estudio: Reflexión para conocer el mensaje, los planes de Cristo y su aplicación.
 - .- Es hombre de fidelidad a Cristo y al mensaje.
 - .- Es hombre de caridad fraterna. El celo apostólico.
 - .- Es hombre de predicación y testimonio con su vida entera, cuyo sentido explica la palabra.
 - .- Es hombre de cruz: Comparte la cruz de Cristo. Su anonadamiento, su humillación, sus angustias, su sufrimiento corporal.
 - .- Es hombre de signos: En su conducta y en sus frutos.
 - .- Es hombre de eficacia: El apostolado es necesariamente eficaz.
 - .- Es hombre de autoridad: Capaz de producir vida como miembro de Cristo.
 - .- Es hombre de esperanza; de firmeza; de audacia.
-

RETIRO DE CUARESMA - 1980

La Cuaresma como revelación eficaz del amor de las Personas Divinas.

1.- MEDITACIÓN:

El amor del Padre a los pecadores: La revelación de este amor en el A.T.- La historia entera de Israel y aun de la humanidad es la historia del Amor de Dios que perdona: La creación del hombre (Gen.1-2). La entrada en Egipto (Gen. cc.37-50).- El Exodo y el camino por el desierto.- La historia de Israel en Palestina.- La interpretación de los autores sagrados. (Gen. 3,1-24; Jer. 3,7-12; 2,11ss.; Ex. 2,23-25; Is. 64,7ss.).

El Evangelio: La predilección de Jesucristo por los pecadores: Mc. 2,17; Lc. 15,11ss.; 19,5; Jn. 8,10ss. Los milagros.

Las epístolas: La historia de las primitivas comunidades: Constitución y crecimiento. (I Jn. 3,8-15; Rom. 11,32; Ef. 3,10ss.; Rom. 8,28; I Cor. 5,10ss.).

La Historia de la Iglesia: La interpretación del Magisterio y de los santos. Cfr. Concilio de Trento.

Actitud contemplativa: Reconocimiento de nuestro ser de pecador, de nuestras tendencias pecaminosas, de nuestros pecados. Contemplación del Amor misericordioso de Dios, constantemente inclinado sobre el pecador para convertirlo. El sentido del perdón y el sentido del castigo en la tierra.

2.- MEDITACIÓN:

Actitud de arrepentimiento: La penitencia. El sacramento de la Penitencia.

Actitud actual más corriente frente al sacramento.- Causas de nuestras deficiencias actuales: La soberbia.-

La carencia de sentido personal frente a las Personas Divinas. Y de su amor al hombre.- Carencia de sentido de Iglesia.

Gravedad de esta actitud. Daños que nos causa.

Actitud cristiana ante el sacramento: La conciencia del pecado.- La conciencia de la acción de Cristo.- La contricción.- La humillación.- La esperanza: La enmienda.- La satisfacción.- La plenitud del perdón.

3.- **MEDITACIÓN:**

La participación del amor misericordioso de Cristo:
El amor a los pecadores.

Nuestras actitudes frente al pecado y el ambiente de pecado: El consentimiento.- La antipatía, el odio frente a los pecadores.- El desánimo, el aislamiento.- El combate contra el pecado, por amor a los pecadores.

El dolor, la esperanza.- La oración de intercesión.- La expiación.- El testimonio.

La actitud frente a los enemigos.

La bienaventuranza de la misericordia.

RETIRO DE CUARESMA - 1981

1.- **Introducción:** La Cuaresma es un tiempo litúrgico, que da comienzo al largo ciclo que alcanza a la fiesta de Pentecostés.

En la Liturgia Cristo Sacerdote ejerce su acción sacerdotal en cada uno de nosotros, dentro de la comunidad universal que es la Iglesia.

La primera acción sacerdotal de Jesucristo en cada hombre es el bautismo, en que nos incorpora a sí mismo. La relativa infidelidad al bautismo por nuestra parte requiere la conversión, para la cual Cristo instituye otro sacramento: La Penitencia.

La Cuaresma es un ejercicio de preparación a la renovación que debe realizarse en la Pascua y en Pentecostés. Tiempo en que Cristo Sacerdote nos ofrece su gracia para reavivar la gracia del bautismo.

Por ello un tema capital, objeto de nuestras meditaciones y prácticas cuaresmales, es la conciencia de bautizados y de penitentes, en cuanto receptores de la absolución sacramental.

2.- **MEDITACIÓN: El Bautismo nos incorpora a Cristo.**

La incorporación a Cristo como unión nupcial con El, constituyendo una sola carne, un solo cuerpo, como perfección de la alianza con Dios.

Cristo se constituye, por su Espíritu, en principio de nuestra vida nueva. Conocimiento experimental de Cristo. El cristiano vive en Cristo, desde Cristo, con Cristo, para Cristo. Reproduce los diversos estados del Señor, sus modos de vivir.

El cristiano como "cristofanía": Iluminado y luminoso bajo Cristo, Luz del mundo, Luz de luz.

El nuevo ser en Cristo es una nueva relación de hijo con el Padre, de hijo en el Hijo, de templo del Espíritu santo.

La profesión de fe, el Padre nuestro, la fórmula del Bautismo...

Textos: Jn. 3,5; Mt. 28,19; Rom. 6,3ss; 13,14; I Cor. 6,15-17; 12,13; Gal. 3,27; Ef. 2,5ss; 4,4ss; Col. 2,12; Fil. 1,21.

3.- MEDITACIÓN: El Bautismo lucha contra Satanás y el pecado

La renuncia a Satanás: La vida de Cristo como lucha contra Satanás desde el desierto hasta la Resurrección.

La misión de los Apóstoles como lucha contra el demonio.

La vida del cristiano frente al demonio: El bautizado arrancado al poder del demonio sobre el mundo. Intensidad, radicalidad y extensión de la renuncia. La muerte al pecado, la crucifixión al mundo...Aspectos de la renuncia y del combate.

Necesidad de la contrición y de la enmienda.

Textos: Lc. 3,38; 4,13; Mc. 3,22; Jn. 13,2.27; 14,30; Rom. 6,3ss; ITes. 2,18; IICor. 12,7-10; IPedr. 5,8.

4.- MEDITACIÓN: El bautismo, incorporación a la Iglesia

La incorporación a Cristo en la Iglesia como cuerpo de Cristo.

La acción de la Iglesia en el bautizado a lo largo de su vida: El cristiano, fruto de la acción de la comunidad: Hijo de la Iglesia; La maternidad de la Iglesia.

La Cuaresma como ejercicio sacerdotal de la Iglesia sobre el cristiano.

El cristiano como fuente de vida de la Iglesia. Participación en el sacerdocio de Cristo: La unción del Espíritu Santo.

La actitud maternal del cristiano frente a los demás hombres.

La comunidad de bautizados como imagen de la Trinidad y fuente de la vida del mundo.
Textos: Act. 2,38-41; ICor. 12,13; 6,11.19; Mt. 28,19;
Gal. 4,5ss.

RETIRO DE CUARESMA - 1982

I MEDITACIÓN: La oración

Oración en sentido estricto y oración en sentido amplio: La reflexión, la lectura, etc.

Escuchar a Dios: Recibir personalmente su palabra.

Atención a la palabra de Cristo...A los textos y signos litúrgicos. Conciencia de que Cristo presente me habla aquí y ahora. Conciencia de la eficacia de su palabra.

Conciencia de quién es Cristo: El Hijo de Dios, en quien el Padre actúa, movido por el Espíritu Santo. Me habla para comunicarme el Espíritu Santo, que vaya constituyéndose en el principio de actividad de toda mi personalidad: hasta los primeros movimientos, pensamiento, volición, sentimiento, palabra, operaciones físicas...

La visión de Cristo como Amor, signo del Amor del Padre, del Espíritu Santo que es amor.

Necesidad de la oración continua. Consideración del texto Lc.18,1ss. Continuidad real, actual, progresiva. Realización de esta continuidad por el silencio. La atención a la palabra divina en las personas y en los sucesos...

Condiciones de la oración y de la petición en particular: En nombre de Cristo. La fe, la humildad, la confianza, la perseverancia, la caridad con el prójimo en sus aspectos positivos y negativos.

Citas: Mc.11,24; Mt.7,7-11; Mt.5,23-24; Lc.11,2ss; Mt.9,38; 18,19; St.1,5-8; Lc.18,9-14; Rom.1,10; 15,30.

II MEDITACIÓN: La limosna

La bienaventuranza de los misericordiosos. Actuación de la misericordia: El amor recibido de Dios misericordioso, participado, dirigido al hombre como indigente. Amor de caridad: Participado del Padre, de Cristo. Orientado a la comunicación del Espíritu Santo.

Eterno.

Dirigido al hombre real. A todo hombre. Al hombre en su totalidad.

Un amor que abarca a todos los niveles del hombre: Entendimiento. Voluntad. Sentimiento. Operación de palabra y obra. La compasión de sentimiento y de operación.

Sentido litúrgico de la limosna.

Citas: Lc. 6,36.38; 18,35; 16,6; 11,41; 13,33; 16,9; Mt. 6,2-4; Mc. 12,41-44; Jn. 13,29; Hch. 3,2; 9,36; 4,32-35; 6,1-6; 11,29; 24,17; Rom. 15,28; ICor. 16,1-4; IICor. 8,9; Gal. 2,10...

III MEDITACIÓN: El ayuno

Concepto del ayuno: Sentido de totalidad. Privación de cualquier materia. Aspectos negativos: Abnegación. Austeridad. Inflicción positiva de alguna penalidad.

Aspectos positivos: Participación de la cruz de Cristo. Realización del aspecto negativo del bautismo: muerte al pecado. Relativización de las realidades relativas.

Destrucción de los mecanismos pecaminosos deformantes construidos en la vida pasada: La contricción interior y la realización exterior.

Realización de la oración y de la misericordia: Aspecto de expiación para mí y para los demás.

Motivaciones positivas del ayuno.

Citas: Mt. 15,32; Mc. 8,3; Jn. 3,5.7ss; Mt. 6,2-4.16-18; 17,21; Lc. 2,37; Hch. 13,3.

RETIRO DE CUARESMA

(Para sacerdotes)

El material para este retiro se nos ofrece riquísimo en los textos litúrgicos del Misal, la Liturgia de las horas y los Rituales del Bautismo y la Penitencia. Dado que la Cuaresma sigue siendo una época de intensificación de la actividad pastoral, parece necesario ante todo intensificar nuestra actitud de pastores, con referencia especial a las características del tiempo litúrgico.

Como mera sugerencia ofrecemos las siguientes consideraciones.

El retiro cuaresmal podría constar de dos meditaciones, un examen de conciencia y una celebración de la penitencia. Podríamos aplicar a este retiro -e igualmente a cualquier retiro celebrado como preparación a cualquier tiempo litúrgico- las frases del Concilio en el número 14 de la Constitución sobre la Liturgia. Nuestra vivencia actualizada de la liturgia del tiempo es esencial para que la Cuaresma produzca sus frutos peculiares en el pueblo que ha de escuchar nuestras predicaciones.

I. SENTIDO DE LA CUARESMA:

A) Actitudes falsas o deficientes:

La Cuaresma se reduce a una iniciativa privada o de grupo, por la cual uno se propone intensificar en ciertos aspectos, elegidos por él, su vida cristiana. A un ejercicio más frecuente e intenso de la mortificación, sobre todo, o solamente corporal

En el sacerdote peculiarmente, la Cuaresma puede reducirse a un tiempo de mayor trabajo en la actividad pastoral. No parece raro que sea una época de debilitamiento de la propia vida espiritual, como efecto del cansancio de una tarea apostólica excesiva. El sacerdote predica a los demás, pero no se dispone a

recibir la palabra de Dios en sí mismo.

B) Actitud recta, fructuosa:

Conciencia de que hay una llamada del Padre, Por Cristo, en el Espíritu: hoy, si oís su voz... La iniciativa es, como siempre, del Padre...

La llamada es a una penitencia, a una conversión profunda y extensa, que repercute en mi vida entera, y en la raíz misma de mi personalidad. Y se trata de una llamada que no puedo aludir. No puedo hacerme el desentendido. Llamada a persona, a cada uno de todos... Una asimilación a Cristo crucificado. Un morir a mi propio yo, con todos sus egoísmos. Una época de mortificación del egoísmo, que ha de fructificar en los días de Pascua.

La llamada se realiza en la Iglesia-por la Iglesia-con la Iglesia-para la Iglesia. No solamente para cada persona como individualidad privada y cerrada. No solamente al grupo concreto que constituye la comunidad en que me muevo. Es la Iglesia quien llama, es ella quien me impulsa y comunica las gracias divinas por sus acciones litúrgicas, y me las alcanza con su oración... Y mi colaboración es colaboración con la Iglesia entera, y mi objetivo no es solamente mi conversión individual, sino el progreso de la Iglesia universal.

La Cuaresma es tiempo de preparación, la mortificación de mi hombre viejo tiene sentido por la vivificación del hombre nuevo. Y si creemos en la eficacia de la Liturgia, debemos esperar gracias vivificantes eficacísimas en el tiempo pascual. No es ilusorio el peligro de considerar la Cuaresma como tiempo clausurado en sí. Para muchos el final de la Cuaresma -a lo más de la Semana santa- marca el final de la intensificación de sus objetivos o ejercicios espirituales. Cuando en realidad tal intensidad debería alcanzar su máxima altura en la semana de Pascua (cfr. Sacrosanta Liturgia n1 109).

Todo esto precisa como base la fe en el valor de la liturgia. Una revisión de mis ideas reales, operantes, acerca de la liturgia, sería de máximo provecho al

iniciarse un tiempo litúrgico.

II. EL PECADO Y LA CONVERSIÓN: EL PERDÓN DE DIOS.

La Cuaresma nos conduce a una conciencia más viva de nuestro "ser pecadores". Con sus consecuencias normales: humildad, contricción, deseo de mortificación, de conversión. Conciencia del amor de Dios que nos ama siendo pecadores (Rom V, 1-11; VIII, 28-39), confianza...

Ser pecador significa padecer una fuerza interior que nos arrastra al mal, que nos lleva inevitablemente al infierno. Significa que el misterio de la iniquidad obra poderosamente, invenciblemente en nosotros. Que somos absolutamente impotentes para dominarlo. Que existe una energía que actúa en nosotros corrompiéndonos, como el cáncer actúa en el enfermo, incapaz de contener el daño por sí mismo. La salud ha de venirle de otro. El enfermo sólo puede vivir confiado si ha encontrado un médico que dispone de ciencia y de medios para la curación. Y entonces se produce una actitud de docilidad extrema...

Así el pecador, consciente de su peligro eterno y de su impotencia para salvarse, desea la salvación y confía plenamente en el Salvador, y se muestra absolutamente dócil a sus impulsos. Sólo que aquí el Salvador no es un extraño, sino que quiere vivir en sí mismo.

Ser pecador significa que nuestras tendencias, nuestras facultades, intelectuales, volitivas, sensibles, físicas, están desordenadas. Regidas muchas veces - consciente o inconscientemente- por el egoísmo pecaminoso. Que nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestros instintos, no están movidos por el Espíritu Santo, sino por nuestro egoísmo; por el espíritu del mal. Que nuestro amor no es amor a Dios sobre todas las cosas, sino amor propio. Que incluso muchas obras buenas están impurificadas por el egoísmo radical.

Ser pecador significa también que pecamos. Que muchos actos nuestros son pecado, mortal o venial, más o menos consciente.

Deberíamos examinar nuestras concepciones sobre el pecado. El pecado es un misterio. Es la repulsa del don

vivificante del Padre; es el acto por el cual me niego a actuar como hijo de Dios. Y esto sólo tiene sentido a la luz de la fe.

El pecado es un misterio particularmente difícil de asimilar, de vivir. En primer lugar porque hiere nuestra confianza en nosotros mismos, y en la sociedad humana en que podríamos apoyarnos, y que se nos manifiesta también constituida por pecadores. Y porque hiere nuestra soberbia.

En segundo lugar porque materialmente coincide muchas veces con males morales naturales. Y nuestros exámenes se reducen a un examen de honestidad humana. No parece infrecuente que, al menos en la práctica, predomine una concepción -o una actitud- sociológica o temperamental frente al pecado. Llamamos pecado al mal que temperamentalmente nos hiere (para unos la lujuria, para otros la injusticia, para otros la irreligiosidad...) y no a lo que el evangelio llama pecado. Nuestras valoraciones respecto a la gravedad de los pecados se resienten a menudo de estos mismos influjos temperamentales, la educación o el ambiente.

Como sacerdotes especialmente, tendremos que examinar la fuerza de nuestra fe, los fallos en su alimentación; el vigor de nuestra esperanza (parece que para muchos la desconfianza, la "desilusión" o, por el contrario, la esperanza en métodos y formas concretas humanas) no constituya pecado alguno; las omisiones de nuestra caridad pastoral. El hecho de que se llama "buen sacerdote" a quien no ha conculcado ostensiblemente, positivamente algún mandamiento; pero vive tranquilo en medio de una comunidad "muerta", en pecado, es sumamente indicativo de las falsas estimaciones vigentes.

Debemos examinar la constancia, el vigor, la inteligencia de nuestra lucha contra el pecado. Si realmente nos sentimos enviados con Cristo, "a destruir las obras del diablo". Toda evasión de este combate es ciertamente pecaminosa...

Pero la consideración de nuestro pecado, su penetración espiritual del misterio no es más que un elemento necesario de la experiencia del perdón. La fe en el amor que Dios nos tiene (I Jn 4,16) es el fundamento

de la Cuaresma. Es ese amor penetrado por el que nos hacemos conscientes de la realidad y de la extrema gravedad de todo pecado -(también de los que llaman leves!-, el que nos lleva al arrepentimiento, al dolor de haber ofendido a Dios y el que nos da energías para levantarnos y esperar un futuro menos manchado, hasta llegar a ser inmaculados.

El perdón consiste en el reofrecimiento de los dones paternos rechazados. No en su materialidad -irremediabilmente perdida-, pero sí en su efecto vivificante sobre nosotros.

Y este perdón, esta restauración de mi personalidad en el nivel que debería de haber alcanzado, si hubiera sido fiel de siempre a la acción del Espíritu, es lo que ciertamente puedo esperar. No es presunción esperar de Dios lo que la Iglesia me enseña a pedir. Y las oraciones cuaresmales suplican esta restauración.

Volvemos al comienzo: Vivir la Cuaresma significa estar a la escucha de la palabra divina, que me viene por la Iglesia durante este tiempo litúrgico concreto. La primera obligación del sacerdote es recibir en sí la Palabra de Dios al cristiano. Sólo entonces puede comunicar en sus predicaciones -como testigo auténtico- la experiencia de su fe.

Así la Cuaresma nos abre, por el conocimiento y la detestación del pecado a la humildad, a la esperanza y al amor. Nos manifiesta ese aspecto del amor de Dios tan característico: el amor que perdona. Y que perdona, no como nosotros, **no teniendo en cuenta** -apenas podemos pasar de ahí-, sino recreando lo destruido. El perdón es una acción creadora y por eso es sumamente expresivo del amor de Dios tal como es.

III.- EXAMEN DE CONCIENCIA:

Aunque en la breve exposición anterior van indicados no pocos puntos de examen, estimamos útil añadir algunas sugerencias.

Claro que un examen como el propuesto no puede realizarse en el corto plazo de un día de retiro. Pero

puede servir de indicación de las líneas que deberíamos seguir en nuestros exámenes.

Deberíamos analizar nuestros criterios: Si vienen de Cristo o vienen de nuestra educación humana, de nuestro modo de ser individual, de nuestro ambiente. Caer en la cuenta que la misma lectura del Nuevo Testamento queda frecuentemente mediatizada por criterios previos, por actitudes afectivas precedentes, que me hacen atender unos textos y desatender otros. Con lo cual tal lectura más sirve para crearme un supuesto "evangelio" a mi servicio, que para dejarme conformar por Cristo que me habla en los textos.

Conciencia de que puede haber criterios cristianos que nunca enfrento. Que otros muchos están a medio formar, sin ahondar y consiguientemente, inoperantes en mí. Que no raramente tengo simultáneamente dos criterios: el que empleo para hablar "ex officio" y el que empleo en mis conversaciones familiares y se manifiesta en mis obras espontáneas.

Conciencia de que existen muchos criterios naturales, aparentemente inconexos con la vida cristiana, pero en realidad estrechamente entrelazados y que admito por tradición o novedad, cuando sometidos a examen serio, se muestran incompatibles con los criterios de Cristo.

La inutilidad, o al menos la poca fecundidad, de muchos exámenes de conciencia, provienen de su superficialidad. La fe es la raíz y el principio de la vida cristiana. Cuando sustentamos criterios naturalistas -aunque sea sin plena conciencia- resultan baldíos los propósitos más serios construidos en un rato de reflexión o en una reunión con otros sacerdotes...

Igualmente debemos examinar los apegos interiores. Las actitudes desordenadas de nuestro pensamiento, memoria, voluntad, sensibilidad. Ciertamente hemos de evitar cualquier acto pecaminoso; pero si no son desarraigados los afectos interiores que los producen, la vida entera se convierte en una lucha ingrata, escasamente victoriosa, contra tendencias solo indirectamente combatidas.

Hemos de señalar nos nuestros apegos: **aficiones**

desordenadas a cualquier objeto, aún obligatorio, aún santo.

El discernimiento no es difícil. Toda preocupación, todo enfado, toda distracción, toda desobediencia o falta de caridad, nos están indicando la existencia de algún apego radical.

El deseo de ser acogido, querido, admirado, obedecido, respetado; de ser eficaz, de ser independiente, de actuar o hacer actuar según los propios criterios, los propios planes; el deseo de ver fruto... Todo eso y otras muchas cosas, no difíciles de conocer, por sus efectos, constituyen muy frecuentemente, la materia de nuestros apegos.

Es sorprendente el contraste entre la importancia que los autores espirituales -los doctores de la Iglesia- y la misma liturgia conceden a este desprendimiento, a esta abnegación interior y la poca atención que ponemos en nuestros exámenes a todo este mundo interior desorganizado.

IV.- **CELEBRACIÓN DE LA PENITENCIA**

Sentido que tiene en sí mismo el acto sacramental, realizado comunitariamente, de un grupo de sacerdotes que se disponen a comenzar su pastoral cuaresmal, proclamando la misericordia de Dios en contraste con sus pecados, por el hecho mismo de someterse a la absolución sacramental.

Contemplación del amor de Dios que actúa en el sacramento de la penitencia. Eficacia de la absolución. Revisión de nuestros criterios acerca del sacramento: como penitentes y como ministros del perdón de Cristo.

Conciencia de la actuación de las Personas divinas, en cuyo nombre absolvemos o somos absueltos. Conciencia del sentido de la cruz de Cristo y su función en la vida del cristiano. Todo perdón de Dios se realiza por la sangre de Cristo y solo podemos ser ministros del perdón derramando la propia sangre.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Presencia de las tres Personas divinas, en cuyo "nombre" se inicia el sacramento: EN EL NOMBRE DEL PADRE DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO. Ver cómo es cada una y cómo actúan en nosotros: eso es lo que hay que descubrir y vivir en el sacramento de la Penitencia. NOMBRE = acción, iniciativa, eficacia.

Presencia de la Palabra viva de Jesús: Palabra eficaz, siempre actuante, que ilumina el misterio del sacramento-encuentro-alianza, del pecado personal, del perdón, de la acción de las Personas divinas y de la Iglesia, del poder del pecado en nosotros, de la purificación. Ver Lecturas del Ritual.

PRESENCIA ESPECIAL DEL ESPÍRITU SANTO

Es el Espíritu Santo quien suscita en el hombre el conocimiento de sí mismo, de sus pecados, de su hombre viejo; El también suscita el verdadero arrepentimiento, que conduce hasta la definitiva conversión que ilumina el camino de la renovación, es decir, el "propósito de la enmienda" es obra del Espíritu Santo en nosotros.

El mismo Espíritu hace posible la participación misteriosa, pero real en los sufrimientos de Cristo, en su misión redentora. El abre a la comprensión del misterio del dolor y del sufrimiento, del que el sacramento de la Penitencia es la fuente. Este sacramento nos introduce en el "escándalo de la cruz". Y ese mismo Espíritu nos da fuerza para descubrir y aceptar el sufrimiento en nuestra vida, la cruz de cada día; e incluso para una disposición generosa en la búsqueda del sacrificio voluntario, tal como lo hizo Cristo.

Es gracia también del mismo Espíritu, que hay que pedir, un verdadero conocimiento de nosotros mismos, que nos haga comprender la malicia del pecado en nosotros (no simplemente cuántos y cuáles), frente a Dios y frente a los demás, la presencia de apegos o tendencias "contrarias al Espíritu".

Este verdadero conocimiento se traduce en una recta y completa "confesión de los pecados" con la humildad sincera (virtud-gracia que hay que pedir) que evita explícitas justificaciones o interiores sentimientos que disminuyan el sentido de culpabilidad y gravedad. Crecer no en la línea de los escrúpulos, sino en la de la contemplación del amor de Dios y de Cristo, ayuda a este sentido del pecado y a la auténtica confesión.

De igual modo el Espíritu prepara el corazón para la recta comprensión y aceptación de las palabras del sacerdote, como una verdadera "dirección del espíritu". En el rito actual se hace hincapié en este aspecto "por razones pastorales -catequéticas", olvidando esta razón más fundamental.

A continuación viene la imposición y aceptación de la satisfacción o "penitencia". Y conviene contemplar ésta, tal como lo insinúa el Ritual, como medicinal, es decir, como unitiva a Cristo que sufrió, como regeneradora de las tendencias pecaminosas (de ahí que haya de ser normalmente en relación con los pecados confesados), como apertura positiva a nuevas gracias, como expresión "sacramental" (exterior, visible y eficaz en cierto modo) de nuestro arrepentimiento y disponibilidad al cambio, a la conversión.

FORMULA DE LA ABSOLUCIÓN

*DIOS PADRE MISERICORDIOSO
QUE RECONCILIO CONSIGO AL MUNDO
POR LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE SU HIJO Y DERRAMO
EL ESPÍRITU SANTO
PARA LA REMISIÓN DE LOS PECADOS
TE CONCEDA POR EL MINISTERIO DE LA IGLESIA EL
PERDÓN Y LA PAZ.
Y YO TE ABSUELVO DE TUS PECADOS EN EL NOMBRE DEL
PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO. AMEN*

Tal como aparece en la fórmula de la absolución, descubrir la acción de las Personas divinas que allí se

les asigna concretamente:

EL PADRE

Es quien concede el perdón, como dador de toda vida, de quien procede todo don perfecto (el sacramento lo es), origen de toda vida. Relación fontal personalísima con el Padre. Un perdón o don creador en nosotros de nueva vida, cada vez más perfecta, vida real e inextinguible; de nuevas disposiciones y aptitudes para la gracia, para la santificación, para la acción del Espíritu Santo. Conocimiento amoroso del Padre, como Padre misericordioso, que nos da participar de esa misericordia, nos hace misericordiosos; dichosos los misericordiosos... El Padre es quien reconcilia al mundo consigo mismo, al penitente en este caso. Es parte del mundo; saber ver las repercusiones sociales.

EL HIJO

Que muriendo en la cruz y resucitando es causa de salvación: participación en los méritos de Cristo, identificación con El. Contemplar a Cristo mediador, único salvador, causa de salvación y reconciliación. Entrar en el dolor de Cristo, en sus sufrimientos. También en su glorificación (cada sacramento de la Penitencia es un avanzar en nuestra resurrección). Analizar la vivencia: "Me amó y se entregó por mí", que entonces se realiza sacramentalmente.

EL ESPÍRITU SANTO

Además de lo visto anteriormente, aparece ahora como derramado para la remisión de los pecados. Penetrar la acción del Espíritu, enviado en Pentecostés a nosotros y al mundo.

SECUENCIA DE PENTECOSTÉS:

"Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde

calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero" (estrofas 3 y 4).

LA IGLESIA

"Por el ministerio de la Iglesia". Este es el aspecto hoy más contestado y, sin embargo, querido por Cristo. Necesario a partir de la Encarnación.

Ministerio de la Iglesia significa la acción del sacerdote que absuelve, la acción de toda la Iglesia santa y santificadora, en cuya fe y comunión se recibe, la oración de la Iglesia, la intercesión de María y de los santos... (esta gracia muchas veces se pierde porque no estamos ni en la fe ni en la comunión de la Iglesia). (Todos estos aspectos no aparecen ni se viven por el simple hecho de que la recepción sea comunitaria).

Analizar hasta qué punto nos afecta el actual rechazo del sacramento por la poca frecuencia, por la falta de estima, por el predominio de los "prejuicios" humanos a la hora de acercarnos, por la excesiva elección del sacerdote (con alguna intención concreta), por la rutina...

Queda por señalar la actitud de acción de gracias recomendada por el Ritual como consecuencia del encuentro con Dios, del sacramento y de la nueva vida recibida. La calidad de esta acción de gracias puede ser la mejor pauta sobre la verdad de nuestro arrepentimiento, de cómo se ha vivido el sacramento y la alegría cristiana consecuente a todo sacramento.

SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Se trata de disponerse a recibir el sacramento, o más bien, de cooperar a que el sacramento se realice. Tener en cuenta que los actos del penitente forman parte del mismo sacramento: nuestro pesar por los pecados, nuestro deseo de conversión, nuestra confesión, forman

parte del sacramento, siendo elevados por la absolución sacramental de modo análogo a como el pan y el vino son elevados en la celebración eucarística por la consagración ministerial. Por lo mismo, así como sin pan ni vino no hay consagración, sin los actos del penitente no hay sacramento, no hay absolución...

Por ello es de suma importancia disponerse. Advertir que todas las disposiciones son efectos de la gracia. Se confiesa necesariamente un miembro del Cuerpo de Cristo, un bautizado. Luego Cristo actúa en él, aun en el caso de pecado mortal, y el Espíritu Santo le mueve, le conduce hasta el confesionario, para darle allí, con la colaboración del ministro, movido también por Cristo, por el Espíritu, la consumación relativa de sus actitudes. De modo que la persona penitente quede transformada, o más transformada en intensidad y extensión si está ya en vida (en gracia): quede iluminada y confortada, por el acrecentamiento de la gracia y las virtudes.

El perdón consiste en que Dios le ofrece gracia para que pueda alcanzar el nivel en que debería estar, si en vez de pecar hubiera optado por Cristo al presentarse la tentación... Y esto respecto de toda la vida. El penitente suele acudir con largo déficit, como fruto de las infidelidades cometidas después del bautismo. Dios le ofrece en Cristo una comunicación del Espíritu Santo para que habite en él, y para que le mueva en el nivel que debería tener. Para ello es preciso que las disposiciones sean bastante perfectas, para que la absolución las pueda elevar a estas alturas. Cuestión de creer, esperar y pedir... Y sobre todo, si se trata del penitente en gracia, cuestión de amar.

Propongamos media hora siquiera de preparación.

Dejemos que el Señor excite nuestra contrición: considerando la delicadeza con Cristo, el mal que nos hemos acarreado con nuestras deficiencias, nuestros pecados (actuales y pretéritos), el mal de comisión y omisión que hemos atraído sobre muchos...

Y que excite y actualice nuestra esperanza: de participar de la agonía de Cristo por nuestros pecados:

deseando recibir el fruto de la cruz del Señor y de su victoria en la muerte y en la resurrección, deseando someternos al juicio adelantado, juicio justificante, que hace justo = santo... porque recibimos al Espíritu Santo: gracias para conocerle como alma de nuestra personalidad.

Deseemos la rapidez de la enmienda, confiemos en El: Cristo desea que seamos santos.

Actitud para escuchar la Palabra divina. Lectura de algún texto evangélico, por ejemplo:

Del Evangelio de San Lucas:

4,1-13; 5,4-11; 18-21; 29-32; 6,27-35; 36-42; 7,36-50; 11,1-4 (cfr Mt 6,9-13); 13,1-9; 25-29; 14,15-24; 15 entero; 17,1-4 (cfr. Mt 18,21-35); 26-30; 18,9-14; 19,1-27; 41-44; 20,34-36; 22,19-20 (Mt 26,26-28); 31-34; 39-45; 23,33-34; 42-44; 24,45-47.
(Mt 26,36-46 y par Mc)

Del evangelio de San Juan:

1,4-5; 10-12 y 18; 29-36; 3,3-8; 14-20,36; 5,6-14,24-29,39-47; 6,33-64 y 68; 7,28-29,37-39; 8,2-11,19,24,41-52; 9,39-41; 10,10-18,25-30; 11,25-26,49-53; 12,24-32,44-50,13,38 con 18,15-27; 14 y 15 enteros; 16,3,7-5; 17,1-10,14-25; 20,19-23,30; 21,1-8,15-17

Pueden leerse muchos otros textos, v.g. cualquier narración de un milagro.

De las epístolas:

v.gr. Hb 3,7-1; 4,1-2,11; 10,22-39; 12,1-4,17-25; 1Cor 10,1-12...

Lectura de algún profeta...

Rezo de algún salmo o trozos de salmos, con sentido penitencial, cuidando de entenderlo cristianamente, pues para nosotros lo inspiró el Espíritu Santo.

Salmos:

6,2-8; 7,12-17; 9,6-21; 18,12-14; 24,7-20; 31,1-10;

37,2-23; 38,2-14; 39,12-28; 50 entero; 54,10-15; 57 entero; 64,3-4; 68 entero; 76 entero; 78,1-9; 80,9-17; 82,1-19; 84,3-4; 87 entero; 89,1-11; 102 entero; 105 entero; 106 entero; 112 entero; 114 entero; 117,1-13; 119 entero; 120 entero; 122 entero; 124 entero; 125 entero; 129 entero; 137 entero; 138 entero; 141 entero; 142 entero; 144 entero; 145 entero

Muchos tienen predominante sentido, dándose cuenta de la realidad de que el penitente representa a la Iglesia entera y que el perdón de sus pecados redundará sobre la Iglesia.

LA CONFESIÓN

Tiene doble sentido. Alabanza a Dios que perdona; el acusar nuestros pecados es una alabanza a Dios, a Cristo, y debemos hacerlo con este sentido. Alabanza por su misericordia, su omnipotencia, que nos comunica al perdonarnos. Y acusación de pecados en que se manifiesta esa grandeza de su perdón. No manía de acusar todo, sino eligiendo aquellos pecados que parezcan más sintomáticos, o en cuya materia se quiere uno fijar para la enmienda inmediata. Es clara la obligación de confesar los pecados mortales.

Insistir en la visión de fe de que el confesor es ministro de Cristo. Atender a las fórmulas de la absolución. Conciencia de que se realiza una transformación real en mi interior, sean cuales sean las consecuencias sensibles inmediatas.

LA SATISFACCIÓN

Proponer uno mismo una satisfacción que piense que realmente es proporcionada a la gravedad de su maldad y a sus fuerzas actuales, que sirve para enmendarse. Cuanto más dura sea, más ayudará, con tal de que sea proporcionada. Ser consciente de que todos los sufrimientos, molestias posteriores, y todas las obras buenas posteriores, tienen valor sacramental básico, por la imposición del confesor (fórmula libre).

Después de la confesión, inmediatamente o más tarde, dedicar siquiera unos minutos a pensar lo que se ha realizado. Y rezar alguna oración -un salmo- en acción de gracias.

Es muy conveniente leer con frecuencia algunas obras sobre el sacramento y sobre el pecado.

CONFESIÓN

Podemos pecar por nuestra cuenta, pero nos es imposible convertirnos por nuestra cuenta, como a un muerto le es resucitar por sí mismo.

El perdón por la contrición es perdón para.

El perdón por atricción (tengo dolor por el castigo que se me seguirá, pero sigo amando el pecado) la gracia le concede al penitente la caridad para la contrición aun sin que lo sienta. Esto no se da sin la administración del sacramento.

Los pecados no se perdonan mas que en relación con la Iglesia y de forma sacramental.

(Nótese la tendencia de la Iglesia en la historia a conseguir una minoría más alta que a conseguir una cantidad elevada. Porque la caridad es mejor que la cantidad). La confesión particular de los pecados no entra en la Iglesia hasta el siglo V en Irlanda y lo hace con bastante reticencia por parte de la mayoría de los obispos, tardando en cuajar. Luego no tengamos dificultades para pensar que la Iglesia puede disponer de otras formas de confesión.

El sentido de confesar los pecados veniales, que no hay obligación de confesar, es conseguir un aumento de gracia que va librando de la concupiscencia y va limpiando el alma de aquellas actitudes que, aunque no son en sí pecado, son consecuencia de nuestro ser pecador. Dios se compromete a dar gracias actuales para salir del estado pecaminoso, y cada vez más.

Dios podría haber hecho lo mismo de otra manera, pero ha querido que sea dentro de la Iglesia y en relación con ella dónde y cómo se perdonen los pecados.

La confesión es la fuente de gracia para los otros actos de perdón. El sacramento de la penitencia es el único (con la Unción) que va a infundir la gracia al hombre porque es pecador.

La gracia recibida de este Sacramento, como de todos, va en proporción a la disposición que se tenga al recibirlo, de aquí la importancia de la preparación.

La confesión es sacramento, signo sensible eficaz de la gracia, de la acción de Dios. Tiene dos aspectos:

1) **Visible.** En el orden sacramental el signo siempre es muy leve con relación al don que proporciona; desproporción entre signo y significado.

2) **Invisible.**

Se nos enseña en el Catecismo que para hacer una buena confesión eran necesarias cinco condiciones: examen, dolor, propósito de enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia. Nótese que con estas condiciones no se entra para nada en relación con Dios ni con la Iglesia. Así no salgo de mí mismo; no puede dar resultado.

La confesión es un diálogo con Cristo Cabeza en el sacerdote.

Cuando la confesión se realiza aislada, es decir, sin unir a ella cierta dirección, los consejos del confesor han de dirigirse a hacer caer en la cuenta del significado del sacramento; cuando en ella se incluye la dirección se ha de hacer lo mismo distinguiendo con claridad lo que es dirección y lo que es el sacramento en sí.

Por parte del penitente, siempre ha de tener en cuenta la triple dimensión del pecado en nosotros: conciencia de pecador (alabamos a Dios porque nos perdona); tendencias pecaminosas; hechos pecaminosos.

Los pecados mortales han de ser confesados diciendo la especie y el número. Pero en los veniales diciendo los hechos sólo en la medida que significan la tendencia

pecaminosa. No quedarse en una mera enumeración.

Hay que confesar con la frecuencia suficiente para que ayude a caer en la cuenta de que se es pecador.

Puedo seguir confesando los pecados ya perdonados pues dejaron en mí tendencias pecaminosas que siguen actuando.

La preparación tiene que atender a lo significado en el sacramento, que es lo que me da la fórmula de la absolución de la Iglesia. Ir con el deseo de dejarse sumir por Cristo en la Iglesia.

El examen pormenorizado de los pecados no tiene ningún peligro cuando estos son de tipo específicamente cristiano. Pero hay que tener cuidado no vaya a ser que se refieran sólo a cosas malas en el plano natural, de las cuales también podría acusarse un no cristiano con sentido común. Así no daríamos el paso a la relación personal con Dios, quedándonos en nosotros mismos.

La penitencia la puede poner el penitente y ha de estar en relación con los pecados confesados. de esta forma cae en la cuenta de la necesidad de penitencia, de la necesidad de curarse: la penitencia debe tener un sentido medicinal.

Propósito de enmienda: acto de esperanza.

LA CUARESMA Y LA CRUZ

Sin duda la Cuaresma es tiempo especialmente agraciado para disponernos al conocimiento sabroso y profundamente meditado del misterio de la cruz, un conocimiento que debe provocar un deseo de saborear lo que Cristo quiere ofrecernos a través de la cruz.

La Cuaresma, por otro lado, desemboca inmediatamente en los días de la Semana Santa, en que conmemoramos la pasión, muerte y resurrección del Señor.

Nos prepara en último término al Domingo de Pentecostés. Solemos presentarla sólo como preparación a la Pascua, pero la celebración de la Pascua únicamente tiene sentido como paso a la misión del Espíritu. Jesucristo vino a comunicarnos su Espíritu Santo. Y mal festejaría la Pascua quien no tuviese los ojos fijos en el Espíritu que ha de venir (Cfr. los discursos de la Cena en San Juan).

La Cuaresma es tiempo de penitencia, de ayuno, de conversión... Pero convertirse es **vivir el bautismo: la participación de la muerte y resurrección de Jesús por la comunicación del Espíritu.**

Es tiempo de especial intensidad en la predicación y en la acogida de la predicación, de la Palabra de Dios. Y el tema de la predicación es Cristo crucificado y resucitado. Líbrenos Dios de separarnos de San Pablo: "porque no he estimado saber entre vosotros nada más que a Cristo, y aún éste crucificado". Líbrenos Dios de atestiguarnos a nosotros mismos, a nuestro grupo, y no a Cristo resucitado. Con nuestra palabra y nuestra vida hemos de dar testimonio de El (Act. 1,8-22; Cfr. Jn 15,26-27). Si es que recibimos el testimonio del Espíritu.

Voy a limitarme a muy breves consideraciones sobre un aspecto esencial de la cruz de Cristo, tal como la vivió El y nos la quiere comunicar a nosotros.

La cruz de Cristo, misterio de salvación

Realmente el objeto de la cuaresma es disponernos -mediante el mismo ejercicio iniciado- a la contemplación de Cristo crucificado. Convertirse es **ser convertido**: dejarse hacer por Dios consciente de nuestra debilidad, de nuestra enfermedad, de nuestra locura, y contemplar a Cristo con la esperanza -que no es más que deseo confiado- de ser salvado: levantado a nueva fortaleza, salud y sabiduría divinas.

Basta recordar las palabras de Cristo a Nicodemo en el Evangelio de San Juan: en el contexto del pasaje de Nu 21,4-9, que nos relata el castigo de los israelitas rebeldes en el desierto, dice Jesús: "y del mismo modo que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en El tenga vida eterna" (Jn 3,14-16; Cfr. Jn 12,32).

A esto nos va disponiendo la Iglesia, el Espíritu que obra en la Iglesia: **a saber contemplar a Cristo. A mirarle, a escucharle.** Sin más. El nos entregará su Espíritu en la cruz misma, nos lo entrega ciertamente en la comunión eucarística, cuando se realiza en verdad, cuando hay comunicación personal (Cfr. Jn 19,30.33-34, teniendo en cuenta que el agua es símbolo del Espíritu como nos dice el evangelista en 7,37-39).

A esto nos encamina todo el Año litúrgico: a aprender a mirar a Cristo como es: Hijo del Padre, portador del Espíritu, que muriendo, resucitando y actuando en su Iglesia -en su cuerpo místico- nos comunica el Espíritu más y más abundantemente cada Año litúrgico, en un ritmo ascendente, que debe alcanzar su cima en cada fiesta de Pentecostés.

Se trata, pues, de que conscientes de nuestra culpabilidad cumplamos la frase del mismo San Juan: "mirarán al que traspasaron" (Jn 19,37).

La cruz de Cristo revelación del amor de las Personas divinas

Así la cuaresma debe situarnos en detenida y

sabrosa -dolorosa- contemplación del dolor de Jesús.

Y en primer lugar hemos de ver la **materia** del sufrimiento. Es necesario que nos paremos morosamente a contemplar la abundancia de sufrimientos de Cristo; a analizarlos, echándole incluso imaginación, aunque cuidadosos de conformarnos a la verdad que nos transmite el Evangelio.

Egoístas como somos, distraídos como estamos, no caemos fácilmente en cuenta de la intensidad de aquellas penas; ni de su variedad. **Y sin embargo la revelación de Cristo pasa por el lenguaje del dolor. Mal podremos penetrar la revelación, si ni siquiera conocemos el idioma.** No hemos vivido los días terrenos de Jesús; no hemos presenciado jamás una crucifixión. Por eso se precisa una predicación y una meditación particularizadas acerca de sus padecimientos.

De sus dolores físicos, a lo largo de la vida entera. Cristo no sufrió solamente lo que solemos llamar "la pasión". Durísima, pero breve. A su paso por la tierra quiso penar con todos esos malestares, menudos pero continuos, que lleva consigo la vida de un hombre cualquiera, de "uno de tantos" (Flp 2,7): frío, hambre, sed, cansancio del trabajo... Esto nos revela su realidad humana, su cercanía a nosotros, su voluntad de hacerse hombre verdadero, tal como es de hecho el hombre verdadero en este mundo.

De sus dolores morales. No exactamente como los imaginamos; pero sí todas esas tristezas moralmente buenas: su pena por los dolores ajenos, por los dolores de su Madre, de sus amigos, de sus amados los pecadores... Su pena inexpresable -basta para hacerse una idea leer las confidencias de los santos- ante el pecado de los hombre sus hermanos. Dolor de ver al Padre ofendido, dolor de ver a los hombres autodestruyéndose. Dolor de verse quemando, consumiendo por el celo de la casa de Dios.

Cristo participó en la tierra de toda especie de pena. Pero ciertamente lo más resaltado en el Nuevo Testamento es **la humillación, el tomar forma de esclavo, el someterse a una muerte ignominiosa, injusta.** (Cfr. Fil

2,6-8; los cantos del Siervo de Yavé de Isaías).

Jesucristo no vino a enseñarnos cómo vivir y comunicar un aceptable nivel de vida, sino a demostrarnos cómo puede prescindirse de muchas cosas, de muchas comodidades legítimas, haciéndose pobre por nosotros (II Cor 8,9) y sufriendo las ineludibles consecuencias; aceptando la injusticia y padeciéndola. Ejerciendo la postura de ESCLAVO.

Pero hemos de tomar conciencia de que todo lo hace **consciente y voluntariamente**. Algo que después de contemplado un momento debemos revolver, como María, en nuestro corazón (Lc 2,19.51). Porque la voluntariedad de Cristo no es como la nuestra. Nuestro sufrimiento es inevitable de una u otra manera; eludir uno es caer en otro. Y nuestra voluntariedad es cosa poco más que de momento.

Pero Cristo no tenía que padecer, no tenía por qué hacerse hombre, y una vez encarnado tenía poder para evitar los sufrimientos. No tenía por qué haber sufrido.

El mismo acepta como Verbo y como hombre todo el plan de vida y de muerte que el Padre le presenta, le ofrece. Podía haber eliminado uno a uno todos los padecimientos. Milagros hizo para librar a muchos, pero para alejar de sí el dolor no hizo ninguno. Y aún sin milagros es evidente que podía haberse substraído a cada una de las molestias que le vinieron.

Desde el Antiguo Testamento la voluntariedad de Cristo en su pasión está reiteradamente expresa: "Por eso se le darán en suerte multitudes, masas recibirá como botín, por haberse entregado a sí mismo a la muerte..." (Is 53,12). Los sinópticos nos cuentan sus subidas a Jerusalén para ser entregado, su conciencia de que ha de morir. Pero es San Juan quien más claramente manifiesta esa voluntariedad: "nadie me quita la vida, sino que yo la doy voluntariamente" (Jn 10,18); es San Juan quien relata la historia entera de la pasión, desde la entrada en Jerusalén, como una acción de Jesucristo que entrega su vida humana con pleno dominio (Cfr. Jn 12,23-28; 18,4-11 y 36-37).

Y supuestas las dos realidades precedentes: abundancia y variedad de sufrimientos aceptados, elegidos

con plena voluntariedad, llegamos al meollo del misterio:)cuál es el sentido de todo este padecer?

Ciertamente la revelación eficaz, operante del amor de las Personas divinas tal como es: infinito en sabiduría y poder.

Manifestación, en primer lugar, del amor del Padre -y del Espíritu Santo- a Cristo

Y aquí acaso sea oportuna una reflexión sobre nuestros modos de predicar. A veces dadas nuestras expresiones, parece que el oyente debe concluir que Dios nos prefiere a nosotros y no que El es el Amado. Y ello tiene consecuencias muy notables, ya que a su vez el hijo de Dios que es el cristiano, se siente mucho más esclavo al servicio de un vastísimo plan del Señor para salvar al mundo, que hijo amado de un Padre que por amor le asocia, magnificándole, a su obra de salvar a cada hombre.

Es precisamente porque el Padre ama a su Hijo por lo que le confiere su Espíritu, su amor a los hombres, y su potencia salvadora. Es el misterio de la colaboración que brota inesquibablemente del amor. El Hijo no recibe un mandato externo del Padre (Jn 10,17-18), sino que recibe su amor y este amor se manifiesta en forma también humana, al aceptar sufrir para poder ser fecundo.

Si no penetramos el amor del Padre al Hijo, nuestra confianza queda infundada. Y perece o no siquiera nace.)Que sentido podría tener la hondísima reflexión de San Pablo: "El que no ha perdonado ni a su propio Hijo, sino que le ha entregado por todos nosotros,)cómo, si estamos juntos con El, no nos dará todo por gracia?" (Rom 8,32).

Y tal amor se manifiesta como es: infinito: en intensidad: hasta el extremo. En poder, como nos descubre el dominio de Cristo sobre su vida y su muerte: "por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida para recuperarla: nadie me la arrebató, sino que yo la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para recuperarla: ése es el mandato que recibí de mi Padre" (Jn 10,17- 18). Como nos descubre la resurrección. Infinito en sabiduría, en esa sabiduría que rebasa la meramente humana hasta parecer simple locura o

escandalizar a los hombres (Cfr. 1 Cor 1,18-25).

Manifestación del amor de Cristo al Padre

Cristo manifiesta expresamente que el objeto de su pasión es darnos a conocer su amor al Padre (y en ese conocimiento consiste nuestra salvación): "para que el mundo sepa que yo amo al Padre y que actúo como el Padre me ha mandado" (Jn 14,31). Ciertamente los santos lo han captado siempre bien. Pero uno se pregunta si esta penetración de las relaciones de mutuo conocimiento y amor del Padre y del Hijo que constituyen exactamente nuestra vida, (Cfr. Jn 17,3; 20,30-31), ocupan mucho lugar e intensidad en las meditaciones y predicaciones ordinarias...

La humanidad de Cristo es símbolo, expresión, de su Persona divina; El es la Palabra pronunciada al mundo. Tiene por ello aumentada inefablemente la tendencia expresiva del ser humano normal. Y como el Verbo es amor (pues lo es el Padre) lo que el hombre Jesús expresa es el amor de la Persona del Verbo al Padre y al Espíritu. Y lo expresa, claro es, en modo humano; y el modo humano, supuesta la existencia del dolor y de la muerte, se expresa sobre todo en pena y muerte. Por eso Cristo tiene el impulso de entregar su vida al Padre, para manifestarle su amor.

Además hay que notar ese compartir el deseo mismo del Padre de hacer de cada hombre un hijo suyo, ese consumirse por el celo de la casa del Padre. Lo que llamamos **obediencia** (Fil 2,8), no es más que eso: la actitud de recibir consciente y voluntariamente los impulsos que el Padre le ofrece: la misma vida divina, vida también en forma humana. Es, no más, lo que tantas veces aparece en el Evangelio: que el Hijo lo recibe todo del Padre. Ni el Padre tiene nada que no comuniqué al Hijo, ni nada tiene el Hijo que no provenga del Padre.

Y lo mismo podemos decir respecto del Espíritu. Lo mismo en cuanto que Cristo hombre esta continuamente impulsado por el Espíritu Santo, y se complace en recibir tales impulsos, y en ofrecer con su colaboración al Espíritu los templos humanos que El se complace en habitar.

Manifestación del amor de las Personas divinas a los hombres

La iniciativa de la pasión -tomada en totalidad la vida entera de Cristo sujeto al dolor- no pertenece al hombre Jesús, sino a las Personas divinas. El Nuevo Testamento reitera hasta la saciedad la expresión de esta realidad. Cristo es el enviado, lo recibe todo del Padre y es impulsado siempre por el Espíritu.

La muerte y la resurrección de Cristo es así la más clara manifestación del amor del Padre a los hombres. (Hay realizaciones superiores: la misión del Espíritu Santo, la inhabitación de las Personas divinas; pero tales realidades no son en sí manifiestas). Basta recordar algunos textos de la Escritura: "Pues de tal manera amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16); "La prueba de que Dios nos ama es que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom 5,8; Cfr. 5,6-11 y 8,31-38).

Manifestación del amor de Cristo, el Hijo hecho hombre

El amor tiende a la unión, a compartir los bienes con el amado. Por ello Cristo toma para sí este lote ineludible de la humanidad que es el dolor. Y al mismo tiempo nos comunica sus propios bienes. Y ya desde la tierra: su conocimiento del Padre, de los hombres... Toma una vida como la nuestra para, dándola, ofrecernos una vida como la suya (Cfr. Jn 10-13).

El amor tiende a beneficiar al amado. Cristo nos evita el mal absoluto e incluso el mal inútil. Para el cristiano, si lo es de veras, queda excluido el infierno, el pecado, el vano sufrir. Ciertamente muchos males del mundo -males mirados en abstracto, sacados de su contexto total- acosan al miembro de Cristo, como le acosaron a El. Pero el cristiano tiene la capacidad de convertirlos en instrumentos valiosos del bien, del gozo. Por Cristo todo coopera para nuestro bien (Cfr. Rom 8,28).

El amor tiende a manifestarse, a expresarse. Y no hay manifestación más clara que la convivencia y el dolor. Podemos dudar de las buenas palabras -experiencia tenemos de que ofrecimientos sinceros son aniquilados a la hora de la realización costosa-, podemos no estimar como prueba de amor personal incluso muchos beneficios, se puede hacer favores a personas que nos son indiferentes. Pero sobradamente sabemos que nos es imposible, sin interés egoísta alguno, sin provecho particular -y Cristo no podía tenerlos- la convivencia con una persona o el sufrimiento prolongado por ella, la muerte planeada, aceptada, realizada...

Y no es amor al mundo en abstracto, al género humano como tal. Es amor a cada uno de los hombres. Ciertamente Cristo ama a todos, amando a cada uno. Lo que sentía y expresaba San Pablo: **me amó y se entregó a la muerte por mí...**

Parece que al hombre le cuesta especialmente entender este misterio del amor personal de Cristo a cada uno. Tarde se ha llegado en las declaraciones de la Iglesia a tachar de heréticas proposiciones excluyentes de algunos grupos. Explicable, porque a nosotros nos resulta imposible, no podemos tener experiencia de este **amor total a cada uno de todos.**

Pero como decía un novelista, hoy sacerdote ortodoxo, hay palabras que no tienen plural y una es la palabra "hombre". No hay hombres, sino este y este y este hombre. Porque cada uno -ciertamente en comunidad inmensa- está elegido desde toda la eternidad por el amor del Padre como imagen e hijo irrepitible.

Y lo extraño es que tenemos día tras día la celebración de la Eucaristía en que Cristo se nos entrega a todos, uno a uno, totalmente.

Este amor personal de Cristo se nos muestra realizado en una manera sapientísima incomprensible para la carne. Nosotros, dado que fuéramos capaces de amar así de intensamente, habríamos ejercitado nuestro amor levantando al caído hasta nosotros, eliminando su dolor súbita y definitivamente.

El amor de Cristo asumió nuestra pena dejándola intacta, en cuanto que como tal pena continua asediando al hombre. Algo que debe ser objeto de nuestro ejercicio cuaresmal.

En suma, la cuaresma debe llevarnos a una profundización en la penetración sabrosa del misterio de la cruz como signo del amor de las Personas divinas entre sí y de las Personas divinas a cada hombre. Con el sufrimiento como medio expresivo. Y de esta contemplación ha de manar un conocimiento nuevo también del hombre: de sí mismo y de cada uno de los demás. Y un conocimiento nuevo de lo que es el amor auténtico y de sus instrumentos: el dolor en general y la humillación en particular.

La cruz del cristiano

Tal es el sentido de la cruz del cristiano. Si de hecho Cristo me ha declarado su amor en este idioma, necesito ejercitarlo para entender más plenamente a Cristo. Si su dolor ha sido abundante y plenamente voluntario, el mío debe serlo igualmente. Por aceptación del mal inevitable, o por la elección del mal que no se me impone pero que yo elijo, es preciso que vaya siendo más y más consciente de lo que cuesta sufrir para que ahonde hasta qué punto Cristo me ha amado seriamente. Y como El ha sufrido corporal y moralmente, yo preciso también de padecimientos corporales y psicológicos.

Cada sufrimiento que me llega debo contemplarlo como una declaración de su amor, no quedarme en pensar: (cuánto me duele! sino: (cuanto me ama Dios! (cuánto nos ama el Señor!

Tal la primera tarea. Pero quiero señalar otros aspectos capitales de nuestra faena en este tiempo: la conversión intelectual.

La revisión de nuestros criterios a la luz de esta revelación de la sabiduría divina: la desvaloración del aprecio desmesurado de nuestra razón y su función en la vida cristiana. Sólo muy iluminada por la fe puede la

razón humana intervenir fructuosamente en la construcción de la personalidad cristiana propia y ajena, en la edificación de la Iglesia. El ambiente nos asfixia con una exaltación de nuestro propio juicio. Frases como "ya somos adultos" nos persuaden íntimamente de que todo ha de ser razonable en el vivir de los hombres de la Iglesia. Ciertamente nada debe de haber procedente de lo instintivo contra el entendimiento. Pero sobre el instinto, la sensibilidad y la razón naturales, está la acción del Espíritu que sobrepasa todo razonamiento. Los obstáculos que encuentra la obediencia, el sentido de la autoridad, en nuestros días no tienen otro sentido. Juzgamos a la autoridad según nuestros propios juicios, creemos que la obra de Dios ha de desenvolverse razonablemente. Y toda ella está fundada en la locura de la Cruz... Si el grano de trigo no muere, no fructifica. Y una forma de muerte es esta mortificación de nuestros juicios razonables para creer que Dios labora con una sabiduría distinta, superior, que, inevitablemente, a la propia razón se le ofrece como absurda.

Quien desee fundarse en la razón humana está tan lejos de la adultez cristiana como los Apóstoles cuando en sus primeros tiempos rechazaban los anuncios de la cruz presentados por Jesucristo.

El cambio de nuestra actitud ante la injusticia. Está muy bien que el cristiano se sienta impulsado a promover en una dirección de fe, de caridad y de prudencia, la justicia en el mundo. Pero ello tiene que incluir siempre esta disponibilidad personal a sufrir la injusticia en sí mismo. Quien reclama la justicia para sí, quien desea que obren con él razonable y justamente, no ha penetrado siquiera en el campo del Evangelio. Toda predicación o meditación sobre el tema que no deje bien esclarecida la realidad de esta aceptación del mal en lo que se refiere a uno mismo, no es meditación o predicación cristiana sobre la justicia.

Cristo nos ha redimido tomando como materia el sufrimiento extremadamente humillante de la injusticia ajena. Y además sin ninguna queja. Deberíamos leer muy pausadamente, muy humildemente, en oración profunda, el capítulo 53 de Isaías. Debemos recordar que hay que estar prestos a dejarnos despojar -lo que incluye necesariamente la injusticia ajena-. El mal del mundo

sólo puede vencerse con el bien, con el amor, y ese integra esta humillación, este padecer el mal en nuestra propia carne: "Pero yo os digo que no hagáis resistencia al mal, sino que más bien, si alguien te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra, y al que quiere hacerte pleito para quitarte el traje, déjale también el manto. A quien te obligue a caminar una milla, acompáñale dos. A quien te pide, dale; a quien quiere que le prestes, no le rechaces" (Mt 5, 39- 42). "Dale a todo el que te pida, y a quien te quite lo tuyo, no se lo pidas" (Lc 6, 30). "Pues éso es la gracia: que por consideración a Dios, uno soporte penas sufridas injustamente. Pues ¿qué gloria es aguantar los golpes si habéis faltado? En cambio, si, haciendo el bien, sufrís también vosotros con constancia, Esto es gracia ante Dios. A esto estáis llamados, entonces, porque también Cristo sufrió por vosotros dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas... (IPe 2, 19-21).

Y finalmente la visión de la cruz como instrumento, como lugar de paso, para la resurrección. La intensificación de la fe en la etapa gloriosa de la vida, después de la muerte. El amor a la cruz como participación de la cruz de Cristo, es siempre amor a Cristo y a los hombres redimidos por Cristo y deseo de la cruz como instrumento.

En torno nuestro los hombres que solemos llamar "de buena voluntad" intentan construir un paraíso en la tierra, mediante una obra, incluso sacrificada, pero siempre razonable, que excluye todo sufrimiento de la injusticia, toda humillación. Y así la caridad fenece y es sustituida, en el mejor de los casos, por un muy dudoso amor natural. Frente a esto, el cristiano ha de vivir de la fe, de una caridad que trasciende el amor humano en sus fines, en sus modos de obrar, en sus instrumentos. Con una consiguiente, inevitable y crucificante humillación: la de pasar por necio y por egoísta a los ojos del hombre animal. Y eso le sucedió ya a Cristo y ha de ser el martirio del cristiano de hoy.

En nuestra vida cristiana privada y apostólica, en la medida en que pueda aceptase tal división, estamos intentando el juego imposible de cristianizar prescindiendo de la cruz de Cristo. Sólo aceptamos el

dolor que un hombre cualquiera vería razonable, no el que Dios nos envía, integrando el mal, el error, la debilidad e incluso el pecado. La cuaresma debe trastornar estas bases, y debe conducirnos a esta inteligencia, siquiera iniciada, del amor de Dios, infinito en intensidad, sabiduría y poder, tal como se nos ha manifestado en Cristo Jesús, crucificado y resucitado por nosotros, portador para nosotros del Espíritu Santo.

Notas de reflexión.

*"Hoy no quiero pensar que mi camino
Perfumarán los lirios y las rosas,
Caldearán caricias amorosas
Y alumbrará la luz del sol divino.*

*Hoy no quiero pensar que mis dolores
Tendrán unción de celestial consuelo
Y se abrirán gozosos en el cielo.
Hoy busco las espinas, no las flores.*

*Ya no busco intereses de mi alma,
Ni atiende ya si la gloriosa palma
Halaga la dureza del madero.*

*Por tu dicha, Señor, no por la mía,
Por consolar tu bárbara agonía,
Hablar de cruz a cruz contigo quiero".*

LA PASIÓN DE CRISTO

En el misterio de la Cruz está la clave de la vida cristiana. Quien penetra este misterio se instala espiritualmente en el mismo núcleo de la vida cristiana, que es el amor de Cristo, y allí se queda fijo, en el descanso de quien ha llegado a su término: "Estoy crucificado con Cristo -declaraba S. Pablo- y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gal 2, 19-20).

Los cristianos adoramos la cruz de Cristo porque en ella nacimos a una nueva vida, y en ella fuimos arrebatados a Satanás y liberados de nuestros pecados y de la muerte; pero adoramos la Pasión de Cristo y mantenemos siempre viva en nosotros su memoria, especialmente porque en la Cruz conocimos hasta qué punto nos amó el Hijo de Dios, hasta qué extremo amó y ama Dios a los hombres. "Nosotros hemos conocido y creído la caridad que Dios nos tiene" (1Jn 4,16); en la Cruz hemos descubierto la realidad fundamental de toda la Buena Nueva: que Dios nos ama. Y los que hemos descubierto y conocido y creído en este amor que Dios nos tiene somos los elegidos, los cristianos. Por esto sabemos que en la Cruz se encierra nuestra redención, sí, pero también la manifestación de la mayor verdad cristiana: Dios nos ama, "Nadie tiene mayor amor que éste de dar uno la vida por sus amigos" (Jn 15, 13). El sufrimiento es el sello inequívoco del amor; aquél que más capacidad tiene para sufrir por nuestro bien, aquél es quien más nos ama. Cristo fue capaz de morir por nuestro bien, por salvarnos a nosotros, sus enemigos personales. La bondad de Cristo, la inmensidad de su amor por nosotros, aparecen cegadoras en la Cruz. "En verdad apenas habrá quien muera por un justo; sin embargo, bien pudiera ser que muriera alguno por uno bueno, pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" (Rm 5, 7-8).

Si la Pasión de Cristo constituye la clave de la Redención -pues por ella fuimos salvados- y del Evangelio -pues por ella conocimos el amor de Dios- no es raro que

los Apóstoles hicieran del misterio pascual de Cristo - Muerte y Resurrección- el centro mismo de la predicación de la Buena Nueva. Nosotros -dice S. Pablo- "hablamos, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que quedan desvanecidos, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria; que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; pues si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria...nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos" (1Cor 2, 6-8 y 1, 23-24).

Os hablaré yo también detenidamente de Cristo crucificado, pero -desde ahora os lo aviso- quiero que de todo lo que escuchéis sobre la Pasión de nuestro Señor haya una verdad que se os grave definitivamente en la cabeza y en el corazón: que Dios os ama, que el amor de Cristo es lo más firme, lo más evidente, lo más importante que existe en este mundo. De todo podréis dudar, pero nunca del amor que Cristo os tiene.

Al proponer la Buena Nueva nunca confío en el poder expresivo de mis palabras, pero mucho menos cuando se trata de predicar a Cristo Crucificado: sobre la Cruz no cabe hablar "bien", siempre nuestro intento resulta fallido en un noventa y cinco por ciento. Pero sí confío en que el Espíritu Santo, el Glorificador del Hijo, venga en nuestra ayuda y nos ilumine interiormente el profundísimo misterio de la Cruz de Cristo, clave de toda sabiduría y de toda redención. Sin su ayuda, nunca podríamos penetrar en el conocimiento del amor de Cristo. "Las cosas de Dios nadie las conoce sino el espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido" (1Cor 2, 11-12). Es cosa de experiencia que el mundano -caracterizado en el Evangelio por el tipo social del "rico"- puesto ante la Cruz, no ve nada, como no sea un espectáculo lamentable, una historia ridícula idealizada por hombres aun más ridículos, un escándalo, una locura, un enigma vagamente desagradable e inquietante. "El hombre actual no percibe las cosas del Espíritu de Dios" (1Cor 2, 14).

No así reaccionan los cristianos ante el misterio de la Cruz. Todos la miran con veneración y respeto. Pero...muy pocos la comprenden. Y comprender el misterio de la Pasión de Cristo está en verla como raíz de nuestra redención y como máxima manifestación del amor de Cristo.

Pidamos, pues, ayuda al E. Santo. De Él dijo nuestro Señor: "El Espíritu de verdad os guiará hacia la verdad completa...Él me glorificará" (Jn 16, 13-14).

)Por qué Dios quiso restaurar el orden primero y salvar a los hombres acudiendo a un medio tan terrible como es la muerte atrozmente dolorosa de su propio Hijo hecho hombre? Es la primera pregunta que viene a nuestra mente.

Pero no, aun hay otras antes:)no había otro modo distinto de la cruz para redimir a los hombres y restaurar la gloria de Dios? Absolutamente hablando, es evidente que la redención hubiera podido realizarse sin la Pasión de Cristo; pero, supuesta la voluntad del Padre acerca de que Cristo aceptara la Cruz, hay que afirmar que ya no fue posible la salvación al margen de la Cruz. Y consta que Dios quiso este modo de redención; cuando Jesús acepta la muerte por crucifixión declara: "Tal es el mandato que del Padre he recibido" (Jn 10, 18). Y también en Getsemaní aparece clara la voluntad de Dios sobre este punto: "Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22, 42).

Así pues, es cosa cierta que Dios dispuso la redención del género humano por la muerte dolorosísima de Cristo en la Cruz. Volvamos entonces a la pregunta primera:)Por qué Dios quiso la Cruz, este terrible modo de redención?

11. Para mostrar su amor a los hombres, manifestando hasta qué punto llega su bondad con nosotros: "Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" (Rm 5, 8). Ciertamente que, si no tenéis una idea adecuada de la grandeza de Cristo, Señor de cielos y tierra, no podréis apreciar debidamente el amor que en Él supone la aceptación de la Cruz.

21. Para que los hombres aprendiésemos cómo se debe amar al Padre. Cristo, aceptando la Pasión, aceptándola por agradar a Dios, nos muestra cómo se debe amar a Dios, eligiendo la muerte antes que la rebeldía. En el camino de la Cruz Cristo se vió sostenido especialmente por su voluntad de glorificar al Padre y de enseñar al mundo qué amor merece. Probablemente , las últimas palabras del Señor en la última cena fueron estas: "Conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandato que me dió el Padre, así hago. Levantáos, vámonos de aquí" (Jn 14, 31). Cristo nos enseña por medio de su pasión hasta qué extremos "debe" llegar el amor y la obediencia al Padre. Es decir, nos enseña que en el amor y la obediencia al Padre celestial no hay extremos. Y esto nos lo enseña a los que habíamos de ser sus miembros místicos, ganados preciosamente en la Cruz: la Iglesia nace de la Cruz -del costado abierto de Cristo-, y así nace sellada en el amor y la perfecta sujeción al Padre celestial. El amor del Unigénito al Padre, y su obediencia, deben continuar en nosotros, los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, "pues para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros y os dió ejemplo para que sigáis sus pasos" (1Pe 2, 21). La Cruz, la dolorosísima y adorable Cruz, encierra en sí la perfecta lección de cómo se debe amar al Padre y a los hombres. La Cruz es la cátedra suprema de la caridad de Cristo. En ella murió por amor al Padre y por amor a sus hermanos; que entonces éramos sus enemigos.

31. Dios eligió la redención de la Cruz para que fuésemos sobreabundantemente (Ef 1, 8) liberados, perdonados, sanados, de tal manera que no solamente alcanzáramos la absolución de nuestros pecados, sino que por la inmensa efusión de la caridad de Cristo en la Cruz mereciéramos del Padre la filiación divina, la inhabitación del Espíritu y el premio de la vida eterna. (Oh feliz culpa que nos trabajó un Redentor tan admirable! El sacrificio de Jesucristo en la Cruz sobre restaurar aquella primera caída y destrozada por el pecado, instaure una segunda creación inmensamente superior a la primera, donde los hombres son perdonados y son hechos hijos de Dios. Con toda verdad pudo decir S. Pablo que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5, 20).

41. Dios dispuso el tremendo sufrimiento de la Cruz para que viendo lo que hubo de sufrir Cristo cobremos horror al pecado y nos apartemos de él con absoluta decisión todos los que nos sabemos redimidos de su esclavitud al precio de la sangre de Cristo. "Habéis sido comprados a buen precio. Glorificad, pues, a Dios con vuestro cuerpo" (1Cor 6, 20). Si tenéis siempre en vuestro pensamiento la Pasión de Cristo, no pecaréis; al menos no pecaréis alegremente, si sabéis que el perdón de vuestros pecados mana de la fuente misericordiosa del Calvario, inagotable, como el amor de Cristo. Pecar sería para nosotros otra cosa, en el caso de que nuestro Señor hubiera obtenido graciosamente la remisión de nuestros pecados. Sólo el que lleva grabada en su alma la imagen del crucificado conoce lo que es el pecado y puede detestarlo como viene.

51. Finalmente, debéis fijaros en que la redención en la Cruz fue dispuesta por Dios del modo más digno para la humanidad: Dios quiso que el mismo hombre que fue vencido en Adán, triunfase en Cristo. Así pues, "gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor J.C." (1Cor 15, 57).

Para que podáis apreciar cuánto os ama Cristo conviene que meditéis con cariño lo mucho que Él sufrió por vuestra redención. Algunos piensan que meditar en los dolores de la Pasión de Cristo es algo morboso e inútil. Sin embargo, siempre la Pasión ha sido tema predilecto en la oración de los santos. Y la razón es evidente: los cristianos meditamos en los dolores del Crucificado porque estamos ciertos de que en ellos descubrimos, como en ninguna otra realidad, el amor que Cristo nos tiene. Y en el amor de Cristo descansa toda la vida cristiana: porque sabemos que nos ama, nos dejamos conducir por Él, aunque en ocasiones nos guíe por oscuros y áridos caminos; porque sabemos que nos ama, tenemos cierta y firmísima esperanza de llegar por su misericordia al Reino de los Cielos; porque sabemos que nos ama y vemos en la Cruz hasta qué punto nos ama, se enciende nuestra caridad hacia Él, el amado de Dios y de los cristianos, y por Él somos capaces de hacer todo lo que le agrade y de evitar todo lo que le desagrade, sin reparar en los sufrimientos que este amor a Cristo nos traiga, fieles a ese amor hasta la muerte, día a día hasta el martirio. Ya

veis que el conocimiento del amor que Dios nos tiene constituye la raíz misma de la vida cristiana: "nosotros hemos conocido y creído la caridad que Dios nos tiene" (1Jn 4, 16).

Nunca se ha definido mejor a los cristianos que con esas palabras de S. Juan. Por eso os pido que pongáis todo vuestro deseo espiritual en conocer el amor de Dios, y que leáis una y otra vez los relatos de la pasión y que le pidáis al Espíritu Santo que os de a conocer el amor de Cristo expresado en sus manos y pies clavados, en su cabeza coronada de espinas, en su costado abierto de un lanzazo, en sus espaldas azotadas, en su rostro abofeteado y escupido.

(Qué dolorosa fue la Pasión de nuestro Señor Jesucristo! Él, siendo Dios, se hizo hombre pasible para poder sufrir por nosotros y redimirnos así en el sacrificio de la Cruz. Que nunca se acostumbren nuestros ojos a contemplar la tremenda escena del Calvario, donde Cristo, siendo Dios, sufre un mar de amarguras y de dolores físicos. Setecientos años antes Isaías contempla en visión profética, atónito y conmovido, el gran drama del Gólgota: "Se pasmaron muchos, tan desfigurado estaba su rostro que no parecía ser de hombre; así se admirarán de Él las gentes, y los reyes cerrarán ante Él su boca, al ver lo que jamás vieron, al entender lo que jamás habían oído.)Quien creará lo que hemos oído?)a quién fue revelado el brazo de Yavé? Sube ante él como un retoño, como retoño de raíz en tierra árida. No hay en Él parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, no hay en Él belleza que agrade. Despreciado, deshecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada" (Is 52, 13-15; 53, 1-3). Dolores físicos atroces, sufridos por un cuerpo perfectísimo, de una sensibilidad extraordinaria, por tanto. Dolores espirituales imposibles de describir al ver el pecado de aquellas pobres gentes, las intrigas y calumnias urdidas por las clases dirigentes, la ingratitud de los que poco antes habían recibido su predicación y el beneficio de sus milagros, la desmoralización del colegio apostólico, el dolor de su Madre al pie de la Cruz, el sentirse abandonado del Padre, dejado de la mano de Dios...

Sufrimientos completamente reales, presentidos a lo largo de toda su vida, dolores sufridos por la Persona divina de Jesucristo en su naturaleza humana, es decir, tormentos sufridos por el Hijo de Dios... Dios sufrió por nosotros ")Quien creará lo que hemos oído? Fue Él, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, en sus llagas hemos sido curados, todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros" (Is 53 4-6). Cristo en la Cruz toma sobre sí los pecados pretéritos, presentes y futuros de toda la humanidad. El castigo salvador pesó sobre Él y en sus llagas fuimos curados. El aceptó sobre sí el castigo que nosotros merecemos por nuestros pecados, para que nosotros pudiéramos librarnos de él. Sigue Isaías narrando la pasión, la inocencia del siervo de Yavé, Jesús, su no resistencia al sufrimiento, a la vergüenza, a la mentira, y su triunfo final: "el justo, mi siervo, justificará a muchos, y cargará con las iniquidades de ellos. Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres y recibirá muchedumbres por botín; por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los pecadores, cuando llevaba sobre sí los pecados de todos e intercedía por los pecadores" (Is 53, 11-12). Leed muchas veces el cap. 53 de Isaías, "el 51 Evangelio", en expresión de S. Agustín.

Y todo este sufrimiento lo acepta Jesús con perfecta libertad: "por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla" (Jn 10, 17-18).

)Y aún dudaremos en la pena, en el dolor, en la angustiada encrucijada moral de que Cristo nos ama?)Qué más pudo hacer para declararnos su amor? Ante la realidad de la Pasión de Cristo)tenemos nosotros vergüenza para andar midiendo mezquinamente nuestra respuesta al amor de Cristo?)Podremos pensar en algún momento que, con todo lo que vamos haciendo de bueno, ya hemos cumplido con

Cristo?)Trataremos de extremista y exagerado al sacerdote, al familiar, al amigo que nos empuja a una vida cristiana mucho más alta y nos exhorta a entregarnos sin límites, incondicionalmente a la voluntad del Señor, dispuestos a lo que sea, a lo que Él quiera?)Nos atreveremos a decirle a Cristo, el que murió por nosotros en la Cruz, "espera, aún no, tanto no, eso cuesta mucho, eso es demasiado, sí, pero con esta condición"?)Nos quejaremos ante las penas de la vida? Mas aún,)nos creeremos en alguna ocasión especialmente irritante "con derecho a la protesta y a la queja"?

(De una charla sobre la Pasión).

JESUCRISTO SALVADOR

En el oriente, el Rey era salvador. Tal denominación incluía dos aspectos: Por la guerra liberaba de los enemigos exteriores; por la administración, de las opresiones internas. Pero además, aunque Mc Kenzie no lo señale, Salvador indica algo también meramente positivo: El que conserva lo que hay, aun fuera de opresiones y luchas. Por lo demás, la función de Salvador incluye el juicio, pues el rey ha de establecer la justicia y para eso defiende la causa justa. Esto vendrá después en el título de Juez.

Pero Salvadores eran también los dioses y éstos son en primer lugar los que curan enfermedades. Así se llamaba soter a Esculapio.

En el Antiguo Testamento, Yahvé es llamado con mucha frecuencia salvador expresa o equivalentemente. Es el que libera de los males externos e internos en la sociedad que rige.

Pero cuando llega, Jesús muda el concepto del bien y del mal. Su tarea salvadora es positiva, porque crea una nueva realidad. Y en cuanto a los males, no se ocupa para nada en las aflicciones terrenas, si dejamos aparte unas cuantas curaciones de enfermedades.

No promete ni prosperidad material o intelectual, ni buen gobierno, ni paz interna o externa. Todo ello puede entrar en las añadiduras que recibirá quien busca el Reino. Pero no añaden ni quitan nada a la salvación. No se puede buscar más que ella. Ni hay que apoyarse sino en el Salvador, recibiendo de El lo que quiera darnos. El poder de Cristo consiste en que su palabra se impone sobre nosotros, nos encierra en un momento ineludible y decisivo. Y esto cada vez que se dirige a nosotros.

La salvación recibida es la conversión. Y la conversión es una realidad incomparablemente más honda y más ancha de todo lo que se dice. Es notable cómo nuestras predicaciones avanzan cautelosamente, con dosis desorbitadas de carnal prudencia. San Pablo era audaz. Y la audacia consistía en su confianza en Cristo. Y sobre

ese poder, sobre la palabra de Cristo se pueden despachar las cautelas.

La fe, que es lo que la predicación debe producir como instrumento de Cristo, es precisamente una ausencia absoluta de seguridades humanas. Cuando andamos rodeando nuestras expresiones de matices y limitaciones para no asustar a las gentes, lo que hacemos es impedir que los llamados puedan entregarse. Y los no llamados no pueden entregarse en modo alguno. Por eso nuestras predicaciones son tan poco eficaces. A los que Dios urge no les presentamos el instrumento que El quiere usar, el adecuado; a los que presentamos un instrumento adecuado para que nos sigan, no podemos atraerlos a Dios, porque El en esos momentos no los atrae. Desgraciadamente puede suceder un término medio: Que haya gente atraída hacia nosotros.

Los movimientos apostólicos están llenos de gentes no llamadas. Y las gentes realmente inquietas por la gracia no desean ingresar en los movimientos apostólicos, porque allí no encuentran a Cristo, aunque posiblemente hallen ayudas para mejoras sociales y todas esas cosas que en la predicación de Cristo son meras adiciones que se reciben por consecuencia. Cristo ha venido a predicar al Padre sin más; pero nosotros preferimos predicar unas cuantas virtudes naturales en que podamos satisfacernos.

La conversión supone ante todo romper el ansia de seguridad. La seguridad, en primer término, que nos presta el vernos buenos: el recuento de nuestras virtudes morales naturales. No se trata de arrepentirse sólo de los pecados, sino mudar (metanoia) lo que somos. Cristo es inflexible al hablar de esto. No se trata del mismo hombre, que lucha contra ciertas posturas suyas; se trata de un hombre nuevo que vive una nueva manera de ser, de pensar, de querer, de obrar. Se trata de un hijo de Dios.

Negarse a sí mismo. Apartarse de la moralidad racional y natural para vivir en un plano moral más elevado. A este respecto cito con mucha frecuencia la frase: "¿No lo hacen también los paganos?". Un cristiano tiene que ser -con necesidad ontológica- distinto totalmente de un pagano. (Y eso aun suponiendo que el pagano sea cristiano anónimo!). La moralidad racional y

natural no continua la vida de Cristo y, por tanto, el cristiano se arrepiente de ella. El cristiano se transforma ontológicamente, los actos son consecuencia.

Arrepentirse significa renunciar a las seguridades de la razón en sistemas de leyes determinadas. Habrá leyes, pero hay que darse cuenta de que depende de las motivaciones con que las cumplamos, que las obras exteriores no valen nada, que no podemos saber con plena seguridad ni si estamos en gracia... que sólo podemos apoyarnos en el amor que nos tiene Dios, en el Salvador. Arrepentirse es estar dispuesto a no buscar nunca sustitutivos a la acción del Espíritu Santo que es imprevisible, que sólo nos da seguridad en El, no en las leyes que puede dictar, mucho menos en las leyes concretas de cada momento. El actual desconcierto dice bien hasta qué punto no hay apenas conversión cristiana. El neófito renunciaba a lo que había sido, para convertirse en lo que no era.

Arrepentirse significa desestimar la seguridad en los valores intelectuales: No me apoyo en mi inteligencia, ni en la de mis superiores, ni en la de los grandes teólogos. Buena prueba es el Concilio, donde legislan para la Iglesia, para los teólogos -vamos a decirlo claro- un conjunto de hombres, la mayoría de los cuales con bastante ignorancia en relación con el estado actual de la teología.

Arrepentirse significa renunciar a la seguridad en los valores materiales: En la salud, en la riqueza, en la medianía dorada que promete modesta seguridad.

Arrepentirse significa renunciar a la seguridad en la dignidad personal; estar dispuesto a que nos la conculquen cuando quieran, sin protesta.

Recordar, respecto de todo esto, las confesiones del Padre (no recuerdo ahora el nombre), que se acusaba de sus virtudes, con grave escándalo de sus confesores.

Hay por cierto que usar muchas de estas cosas, pero ser cristiano significa que se usan como si no se usaran; que uno no las da importancia. Y yo pienso que sólo pueden servir como instrumentos apostólicos, cuando uno no les da importancia mayor, cuando le brotan como

exuberancia de la caridad que llega hasta los más pequeños detalles. Voy a explicarme, porque me parece tema de altísimo bordo.

Tomemos la cultura. Pensemos en la lectura de un poeta, de esas que yo realizo con cierta abundancia. Creo que hay varios pasos: Uno valora en mucho la cultura, desea vivamente leer al poeta X. Puede darse cuenta de que lo va a leer para solaz personal; siendo todavía niño en la vida espiritual, Dios le otorga ese pequeño regalo, de niño pequeño. Disfruta; contempla a duras penas el amor de Dios que le proporciona regalillos a su alcance. Con ello va progresando, con la contemplación, no apenas con la lectura; no le ensoberbece, puesto que lee moderadamente y contemplando su ausencia de vida cristiana. Llega un momento en que va pensando -pensando no más, la sensibilidad todavía le tironea fuertemente- que todo eso no vale nada en **comparación** -nuestra vida se establece toda relativamente- con el gozo inmediato de la oración. Llega un momento en que deja de leer.

Al cabo del tiempo nada le importa la lectura. Comprende que esa belleza, real ciertamente, no es sin embargo más que un reflejo muy pálido de la Belleza infinita del Padre. Bebe Hermosura a boca llena en la casa de Dios. Goza -incomparablemente- con las expresiones de la liturgia que aluden a tales gozos. Y entonces, cuando ya es capaz de disfrutar de Dios de tal modo que prácticamente le es igual estar en soledad que en compañía, leer un poeta que sentarse en un banco de una capilla cualquiera, entonces comprende que existen otras personas que todavía no captan la hermosura del Padre sino por reflejo, y vuelve a leer, a escribir si puede, para suministrar tales reflejos a quienes todavía lo precisan. Entonces su labor de crítico o de poeta, reflejo de la propia caridad y de la caridad infinita de Dios, es capaz normalmente al crío cristiano de buena voluntad. Pues su palabra, su discurso, su conversación o su escritura se ha convertido ahora en una especie de sacramento, cargado de gracia.

Pongamos un hombre de viva sensibilidad para la injusticia, para ciertas clases de injusticia, material, visible o simplemente para la pobreza y el sufrimiento. Ansía ordenar el mundo, al menos el mundo que se alza en su derredor. Pero se da cuenta de que para el cristiano el morir de hambre no tiene importancia mayor. Y que no

posee todavía caridad bastante para amar verdaderamente y continuamente a los que él cree injustos. Se apartará de tales cuestiones; orará, tratará de dejarse invadir por Dios. Y cuando un día sienta que todo lo demás es mera adición, pensará que a un hijo de Dios, el Padre quiere darle aun las adiciones, y se dispondrá a actuar en el campo social, proclamando continuamente la relatividad de todo aquello, la insignificancia fundamental del asunto, pero la gravedad enorme del pecado de los injustos -de todos los injustos, de quienes pagan bajos sueldos y de quienes los juzgan- y lleno de amor hacia todos procurará dar a todos el bien que necesitan; el gran bien del desinterés, el pequeño bien acaso, porque esto no es seguro que se logre siempre que conviene, ni que convenga siempre que puede lograrse de la comida que sacia el hambre material.

Sólo cuando un buen grupo de cristianos piensen y sientan así, podrá mejorar la llamada cuestión social. Entre tanto cualquier avance material, cualquier aumento de salarios, cualquier cesación del hambre es un modo de transmitir el odio y la injusticia y la codicia con que se pelea contra una manifestación concreta de la injusticia que hiere ciertas sensibilidades.

Mientras uno de tanta importancia al simple hecho de morirse de hambre lo mejor es que deje morirse a todos. Hacer el bien es una gracia de Dios suficientemente grande como para no arrogársela uno mismo.

Y en todo caso hay que tener en cuenta que en todas estas cuestiones hay dos aspectos: El **teológico**: liberación de la culpa, en lo que la tarea cardinal pertenece al sacerdote; el **natural**, mejora de las consecuencias naturales, que corresponde al seglar. Pero si el seglar es cristiano, sólo le corresponde, cuando se sienta suficientemente cristiano, como para llevarlo a cabo cristianamente.

Así pues, hay una verdadera regresión en la Iglesia actual -quiero decir en muchos que estamos dentro de la Iglesia- por la cual se busca otra vez el mesianismo materialista, el reino de la justicia, y se cuida mucho menos del pecado, de la relación personal con Cristo, de

la seguridad en el Salvador... Y yo advierto esta regresión incluso en esta primariedad concedida últimamente -y negada explícitamente por el Papa Pablo VI- al concepto de Pueblo de Dios sobre el de Cuerpo Místico. Pues el segundo es más meramente espiritual, más íntimo. Bien entendido, en sí es lo mismo, pero en las proclamaciones públicas, la gente adquiere una cierta seguridad natural, imposible de hallar en la imagen del Cuerpo Místico.

Toda la postura de San Pablo, en su polémica contra los judaizantes, ilustra poderosamente este punto. Para Pablo lo que importa es esclarecer definitiva, irrecusablemente que no hay más salvación que Cristo y que todo lo demás no vale nada. No hay condicionamientos sociológicos, ni en último término psicológicos. Esto es lo que patentiza el poder de Jesús.

Que Cristo es salvador significa que Cristo nos libera. Ahora la libertad que Cristo otorga es también interior. No nos asegura de que todos van a seguir su doctrina y por tanto nadie intentará constreñirnos, coaccionarnos; menos todavía que El nos va a defender de quien lo procure. Cristo se dirige a cada uno y le ofrece la libertad interior, la libertad del pecado, del demonio. De la otra ni habla; como ni tampoco sus discípulos y apóstoles.

Mc Kenzie formula concisa y claramente el concepto de libertad, aunque nada añade a mis ideas anteriores: "El concepto de libertad equivale a decir que la persona que la posee se determina por sí misma. Para Pablo la obligación era una determinación externa, de la cual Cristo nos ha liberado substituyéndola por otros principios de acción: El Espíritu Santo. Aunque se determina por sí mismo, el cristiano se ha revestido de otro yo: Vive en Cristo y Cristo vive en él. Y al vivir en Cristo y habitar en él el Espíritu, necesita las obligaciones tanto como el hombre sano las muletas. El cristiano se mueve por un poder interior, no por compulsión externa. La ley se hizo para el hombre que estaba bajo el dominio del pecado, pero cuando se ve libre del pecado, se ve libre también de la ley y del género de necesidad que la ley impone..."

El cristiano no puede hacer más que una acción salvífica que es el amor. El amor no es el cumplimiento

de una obligación, sino un movimiento espontáneo del que no gozaría el cristiano, si el Espíritu que habita en él, no le diera esa espontaneidad. Pero se la da y palabras tales como obligación y ley no tienen sentido.

Por eso la libertad es el ejercicio de un poder comunicado en el bautismo, el poder de hacer lo que es imposible para el hombre que no está regenerado. Hasta que el hombre no alcance el ejercicio pleno de ese poder no es verdaderamente libre, sino esclavo de la ley, que para Pablo equivale a ser esclavo del pecado. Esta concepción de la moralidad es nueva y vital..." (p. 214).

Para la Biblia no existe la "naturaleza humana abstracta, sino el hombre tal como es, con sus tendencias pecaminosas. Y el hombre es incapaz de llegar a la moralidad. No tiene más esperanza de salvación que la aportada por Cristo.

En la moral de Cristo estamos sobre la naturaleza humana, tal como es e incluso tal como hubiera podido ser. Y aquí lo importante es la integración de la personalidad en un nivel sobrenatural, el otorgado por Cristo. El hombre nuevo -la persona nueva- en Cristo. La moralidad de la ley es desintegradora, atomizadora; no es "ontológica". No entra en las motivaciones. Viceversa la moralidad cristiana se apoya y se define por tales motivaciones que son las integradoras de la personalidad. La moralidad de la ley no busca lo bueno, sino lo lícito, tiende al mínimo y más a no transgredir que a realizar y a no tomar decisiones personales, sino a cumplir objetivos concretos prescritos y tal como están prescritos. La moralidad cristiana lleva a la decisión personal casi continua, pues a cada momento se realiza un acto único, pero engarzados en la línea de actividad de una persona viva.

En suma, aunque el autor desarrolla en su capítulo XI una serie de consideraciones de importancia, lo que me interesa ahora es esto: la moral cristiana es la moral del hombre caído y regenerado y esto produce una línea de actividad interior totalmente distinta a la que puede trazarse para el hombre que no cree en el pecado, en el demonio, ni en la regeneración. Objetivos, medios, peligros son absolutamente distintos, aunque coincidan a veces en ciertos actos exteriores. Esta es la salvación

de Cristo, con un sentido personal radicalmente distinto y divergente en sus finalidades, de la que podría buscar el hombre que no cree necesitar de salvación, sino simplemente esforzarse para ser "bueno". Por eso Cristo nos salva del diablo en primer término, pero en segundo lugar de nuestra autosuficiencia. Y por eso el negarse a sí mismo es algo mucho más radical y, en cambio, mucho menos duro y desde luego incomparablemente más gozoso de lo que pueda imaginar un hombre encerrado -ontológica o, aunque no sea más que psicológicamente- en su razón y su voluntad natural.

La ley regula las fuerzas que tenemos; el Espíritu nos presta vigor, potencia enteramente nuevos e inaccesibles a nosotros.

Cuaderno de estudio. 1969.

EL MISTERIO DEL PECADO

Día 23 de Abril - Jueves.

Escribo a las 11 de la mañana; llevo revolviendo libros y pensamientos, tratando de ahondar en mi conciencia de pecador.

Distingo líneas diversas, pero confluyentes en el futuro de mi vida:

a) Penetración del misterio del pecado y de sus consecuencias en mí y en otros.

b) Conciencia personal mía, de mi historia como pecador y responsable de otros.

c) Enfoque de mi vida futura, partiendo de tales principios.

A) El pecado es un misterio, y consiguientemente sólo la gracia puede iluminármelo y ofrecerme la contrición, hacerme real e intensamente contrito; de modo que desaparezcan incluso las consecuencias de los pecados pretéritos y me halle en el nivel divino adecuado para ejercer fácil y connaturalmente y por lo mismo fructuosamente la misión de pastor encomendada.

Tal acción de la gracia debo esperarla y como algo muy inmediato. Ante todo, porque la revelación del amor de Dios hacia mí y hacia los demás no puede dejar duda de ello. Ahora bien, que tal amor quiere concederme ese don ahora -época de la cincuentena, al menos como progreso en tal vía- viene expresado en las iluminaciones acerca de la urgente necesidad y en el ansia que experimento. Incluso en las confortaciones de la voluntad, aparte de todo sentimiento, que van haciéndose constatables en los últimos tiempos.

Supongo que tal acción gratuita me mueve ante todo a las reflexiones, investigaciones, súplicas, etc, que

voy realizando, aunque torpemente. La iluminación, la confortación y el movimiento afectivo, hasta sensible, todo es gracia; pero los modos revisten normalmente estas maneras naturales, de reflexión, lecturas, etc.

A lo que voy llegando es a la concepción de que el pecado como culpa es la repulsa del don amoroso de Dios. Que si se trata del pecado mortal -que en mí es muy fácil de cometer dada la luz que me alumbra en esta fecha- la culpa me priva de la vida divina sin más. Que supuesta la historia total de mi vida, con tantas infidelidades, debo pensar, entendiendo la palabra divina en la Escritura, que me encuentro en peligro de castigo real y total, de abandono de Dios, si yo le abandono a El. Es decir, que el peligro de perversión, de condenación no es una posibilidad remota para mí, sino próxima, con todo lo espantoso que ello encierra. Que por tanto debo cuidar ante todo de no caer. Y ello incluye positivamente una actitud muy vigilante, orante y esperanzada: deseosa ávidamente, confiadamente, de avanzar, de dejarme invadir, impregnar, espiritualizar prestamente. Y simultáneamente una actitud vigilante en cuanto a la prudente exclusión de todo peligro, aun remoto.

El pecado venial, como culpa, engendra también consecuencias gravísimas. Llego a la conclusión de que podemos identificar los efectos del pecado, aun perdonado en cuanto a la culpa, con las características que San Juan de la Cruz encuentra en los apetitos, que al cabo no son sino los frutos de los pecados.

En el nivel intelectual: *El pecado causa ignorancia*, ya radicalmente culpable. Y ello aporta una merma del vigor de la fe y de la esperanza y de la caridad. Y consiguientemente de todas las virtudes. Aun de las que realmente se poseen. La razón es obvia: se debilita la fuerza del motivo. En cuanto al ejercicio ministerial, me incapacita para aconsejar, para conocer los planes divinos en sí y por lo mismo respecto de quienes me buscan.

El pecado causa error: al embotar el entendimiento, como éste no puede menos de funcionar, -y funcionar influido-, no puede menos de equivocarse. Pero el primer error es acerca de sí mismo; de modo que estima saber lo que no sabe. Y eso es el yerro sin más. De manera que no

solamente quedo impotente para aconsejar bien, sino inevitablemente aconsejo mal; salvo gracias extraordinarias en favor de otro.

Ya se ve la enorme extensión de estas consecuencias. Toda mi conducta ministerial queda viciada -(y así está!- y consiguientemente se constituye en fuente simultánea de pecado ajeno. Del cual soy sin embargo responsable...

En el nivel volitivo-afectivo: *El pecado causa tormento:* deja tendencias (los apetitos) confirmadas, fortalecidas, que exigen objetivos inalcanzables, cuya deficiencia duele, y que repugna los objetivos reales. Y cuando los objetivos apetecidos se alcanzan inmediatamente, se comprueban dolorosos. Establece división en la persona, y no solamente de dispersión, sino de contradicción, que origina sufrimiento, se sienta o no se sienta, -que muchas veces sí se siente-. Ello evidentemente produce una proclividad al encerramiento en sí, puesto que quien sufre no está para músicas, para escuchar a otros o pensar en problemas y males ajenos. Bastante tiene con lo suyo... Además produce -y esto es aplicable a casi todo, acaso a todo sin más-, engaño, pues por salir del tormento sentido, a veces uno busca el atender a otro; pero esto ya no es propiamente un ejercicio de caridad, sino de evasión egoísta, ya que el otro es acogido como otro, como ajeno y además como utensilio de mi di-versión. Impurificando o destruyendo totalmente la posible obra pastoral -por otra parte indispensable para el propio progreso-. Es decir: se comete un nuevo pecado, desde luego objetivo. Y con eso se fortalecen más los mecanismos egoístas... en un juego implacable de perversión progresiva.

El pecado cansa, produciendo algo semejante al tormento, y además exigiendo descanso, el cual no puede ser por definición Cristo, sino cualquier criatura en cuanto tal. Abusando de ella... de forma que disminuye la capacidad personal de acción, -interior y externa- con lo que se multiplican los pecados de omisión. Y además los de comisión, en la búsqueda de descansos naturales.

Consecuencias evidentes: amistades mal planteadas, posesiones antievangélicas, diversiones escandalosas...

necesidad de medios económicos... malhumor... etc. Es evidente además que tanto el tormento como el cansancio nos convierten en manifestaciones de la ineficacia divina, pues estamos vendiéndonos como amigos del Señor, y la consecuencia de nuestra presentación es el pensamiento de que Cristo miente, cuando llama a los agobiados y cargados para aliviarlos, o cuando anuncia la alegría del seguimiento...

El pecado en el nivel total de la persona: *mancha, oscurece su esplendor, y ya no puede ser una Cristofanía. Y tenemos las mismas consecuencias negativas y positivas ya expresadas.*

Todo esto es eminentemente contagioso: en el nivel de las relaciones visibles, del testimonio; pero además, en las redes invisibles que forman las predicaciones deficientes o positivamente erróneas; los testimonios equívocos; las omisiones en todos los planos; las oraciones, méritos y expiaciones jamás llevadas a cabo. De modo que se limita la eficacia de la pasión y muerte y resurrección del Señor, de la obra redentora en general...

Pero todo ello es culpable: así van añadiéndose pecados a pecados, en un proceso indefinido.

En suma, podría decir que el pecado, -aun el perdonado-, esclaviza: inmovilizando o movilizándolo deficientemente, pecaminosamente, las energías enteras del pecador. Y aludo con tal nombre, no sólo a quien está en pecado mortal, sino a quien pecó mortalmente, y a quien vive en situación de pecados veniales, tibieza más o menos aceptada.

Lo trágico es además que todo esto puede detectarse. Los numerosos mecanismos psicológicos inconscientes -represiones, racionalizaciones, disculpas, desplazamientos, proyecciones, minimizaciones...- son absolutamente inabordables para una mente esclava del pecado...

Es palmario como se va aguzando la vista para captar desórdenes en los primeros movimientos mismos, a medida que se va orando más y mejor, y que se va tratando de practicar lo que Dios ilumina...

De manera que muy trágicamente, llegamos a las expresiones de los antiguos santos, que se manifestaban como las fuentes deletéreas, que contaminaban los ambientes. Todo ello no es en manera alguna exagerado, y así lo experimento yo mismo por ahora.

Pero hay que tener en cuenta que todo este desarrollo, este ser más y más esclavo del pecado -de Satanás en último término- en todos los niveles y zonas del ser humano, más en intensidad, más en extensión de actividades u omisiones, tiene efectos de sufrimiento en el sujeto mismo -no percibido evidentemente como fruto del pecado- y en otros muchos, aun inocentes.

Por lo pronto sufrimientos exteriores, fácilmente verificables (omisiones de beneficios con los que deberían contar, comisiones de operaciones perjudiciales, en todos los niveles); desatenciones, brusquedades, murmuraciones, hurtos de bienes, de posesiones, de fama, de situaciones... opresiones, rebeldías...

Luego los sufrimientos consecuentes a lo interior: pecados objetivos o también subjetivos, de los cuales somos culpables nosotros y eso va llevando al purgatorio y expone siempre al infierno. De modo que en cualquier momento cualquiera puede temerse culpable de la condenación de más o menos personas, y desde luego de los padecimientos del purgatorio de no pocos y en la tierra de muchísimos...

Realidad enloquecedora literalmente, que casi nadie quiere ver y que, sin embargo, desatendida se integra en el proceso de esclavización, de despersonalización, que nos conduce al infierno en sentido propio y literal o, al menos, a la situación preinferral, que tanta gente vive en la tierra, siquiera no sea más que en los niveles psicológicos.

Todo esto parece muy fuerte... y no es casi nada, si no en cuanto refleja la siguiente.

Pues lo constitutivo del pecado y de sus consecuencias consiste en la separación de Dios -total (mortal) o parcial (venial)-. Ahora, tal separación, tal pérdida de relación personal con Cristo, con el Padre,

con el Espíritu Santo, y consiguientemente con la personalidad auténtica única de los hombres, es evidentemente enorme. Y la captación de tal pérdida es sin duda suficiente para matar de pena a quien la recibe. Así como el evitarlo es estímulo bastante para mover a ofrecerse a la muerte.

(Y es lo que hizo Cristo! (Y tantos santos!

Si cuando leo cualquier místico, siento pena de no hallarme en tales aptitudes, ¿cómo no pensar en la tristeza del pecado como en algo inconcebible, literalmente desmesurado respecto de cualquier penucha de este mundo?

La única revelación total de la gravedad del pecado -considerado como un todo, que participa más o menos del misterio de la iniquidad que obra en el mundo- es la muerte espantosa de Jesús. Que nos expresa con absoluta claridad que el pecado es el único mal real -aun el pecado venial- y que vale la pena cualquier trabajo para evitarlo. Naturalmente la concepción de esta realidad tiene sus orquestaciones afectivas esenciales, y depende de la situación de nuestra afectividad en el momento en que pensamos u oramos: ofender a Cristo, ofenderme a mí, ofender a muchos... todo depende del amor personal, que incluye el conocimiento a Cristo, a mí y a los demás...

Las torpísimas y desvaídas expresiones anteriores, creo me han servido para ser un poco más consciente, cuando menos de desear ser introducido en la inteligencia del misterio del pecado..

B) Mi situación actual como esclavo del pecado, en consecuencia de los pecados precedentes y actuales.

Ciertamente me encuentro indeciblemente esclavizado. Es una realidad que creo -en cuanto que el pecado es misterio- y que experimento continuamente en cuanto al desorden de mis operaciones e incluso de mi propia personalidad, dispersa, descuartizada continuamente. Si no rujo de espanto o de ira o de desesperación, es porque el progreso en esta experiencia se va realizando simultáneamente en un progreso de

esperanza, ante todo de confianza.

Las manifestaciones actuales, las tengo muy recientemente anotadas y no pienso tenga nada que añadirles. (...) Y en cuanto al dolor, es algo que espero se me conceda, pues por el momento es realmente mínimo...

C) Desde luego me encuentro singularmente alentado a emprender una lucha, bajo la inspiración del Espíritu, despiadada como mi egoísmo. Positivamente debo centrarme en la oración, con atención al tema de la compunción, tanto en la liturgia como en los ratos digamos "privados". Igualmente en las lecturas espirituales y aun de estudio. Y luego he de plantear el voto de confesar muy frecuentemente, no más de cada semana, con esmero en la preparaciones. Todo esto hasta Pentecostés.

Igualmente he de plantear antes de salir de ejercicios una orientación de mortificaciones realmente serias y seriamente realizadas...

Creo que hoy dedicaré el día entero todavía a este tema del pecado, pues siendo como soy por ahora muy lento, sólo poco a poco se me van iluminado operativamente las realidades.

Prosigo con el tema del pecado, tornando de nuevo al punto "EL PECADO EN SI". He pasado media hora larga en la capilla, pidiendo y revolviendo consideraciones de S. Ignacio e Iparraguirre.

Lo tremendo del pecado es su realidad substancial: la repulsa del amor del Padre ofrecido en Cristo, con la donación del Espíritu Santo.

Rechazar la amistad, y aun la intimidad terrena -en el caso del venial- no puede ser más grave, más importante, mas vergonzoso, más absurdo...

Que tres Personas DIVINAS quieran mi amistad, mi intimidad; que la quieran desde hace unos 45 años; que me la ofrezcan insistentemente; que me lo digan día tras día; que para conseguirla el Hijo se haga hombre y se deje maltratar de mil maneras y remate su paso por la tierra con la cruz; que me haga sacerdote suyo; que me

prometa el gozo eterno en su intimidad; que me constituya fuente cooperante de la misma vida divina; que me avise de que caer en pecado es ser desgraciado, en una situación que puede tornarse eterna... y que yo no responda, y que peque, aunque hubiera sido una sola vez; aunque no hubiera sido más que venialmente, con tal que hubiera pecado formal... todo ello hace mi actitud inconcebible, disparatada... y en el aspecto de la bondad, horriblemente mala: por el egoísmo, la irracionalidad maliciosa, la temeridad, exponiéndome a vivir eternamente odiando a las Personas divinas...

Aun sin entrar en "el proceso de los pecados propios", pero advirtiéndome que el pecado que medito es el mío, me ofrece el misterio como espantoso.

Si añado que ello no es una postura de mera desatención -que es a lo que se llega con lo anterior-, sino de elección entre amor y odio (o al menos peligro de odio); entre las Personas divinas y Satanás y mi propia satisfacción egoísta momentánea -con resultados duraderos, perdurables aun en la tierra, de sufrimiento, tal como lo he sabido siempre-; una elección al menos -pecado venial- en cuanto al influjo; y además que necesariamente es cooperación, con Cristo o con el diablo, el diagnóstico se agrava en cuanto a la malicia y la insania.

Y si a todo ello añado que inevitablemente mi pecado produce algo y aun mucho de todo eso en otras muchas personas, la maldad alcanza niveles no solamente espantosos y manifiestamente irreparables, sino manifestativos de un egoísmo tan enraizado y tan espontáneo que literalmente deja horrorizado y estupefacto.

)Cómo se puede ser así?)Cómo se puede obrar así? (pensar, querer, sentir, actuar así).

Y supuesto que me doy cuenta al enfrentar tales realidades, que no puedo salir de ellas; que estoy esclavizado, oprimido, abismado, herido, paralizado... en todas mis energías, de manera que cada acto bueno que realizo -y realizo muchos- está impurificado por todas las secuelas de lo anterior, por poseer en mí, en lo

nuclear de la personalidad -(que actualmente es sin duda santa caridad!- tales tenencias egoístas, pecaminosas. Que envenenan estrictamente hablando toda mi actividad, de modo que no es posible que establezca relaciones con nadie sin contagiarle... y que mi debilidad actual es tan positiva, tan extrema, que no puedo hacer muchas obras que serían debidas a muchos...

)No me daría compasión a mí mismo, si se tratara de una enfermedad física o mental? Y esto es incomparablemente más grave. Soy actualmente una fuente envenenada...

Es evidente la necesidad de una transformación que inevitablemente ha de producir dolores mortales, es decir, que se sienta el desgarramiento de las tendencias tan honda y apretadamente enraizadas. Participación de la muerte, de la pasión de Jesús...

Y mientras tanto, advertir que mis operaciones pastorales -incluso sobre mí mismo- son poco menos que inútiles. Y es bobo lamentarme de mi ineficacia pastoral, hasta que no haya sufrido esta terrible operación divina de sanación y divinización a la vez.

Todo esto debería llevarme: **Al llanto:** renacimiento del agua y del Espíritu... por dolor.

A la vergüenza: ante Dios y ante los hombres.

A la desconfianza más absoluta de mí mismo: en cuanto a ideas, juicios, proyectos.

Al deseo de reparación: en materia de dolor, de mortificación intensísima y en materia de actividad pastoral.

A la caridad: al amor aniquilador de Cristo que sufre por mí, del Padre y del Espíritu que le mueven al sacrificio redentor... en cuanto hombre y desean la redención en un solo acto de voluntad con El en cuanto Dios, Hijo. De aquí al celo reparador en este sentido último, afectivo, amoroso...

Conciencia de que vivo en situación de injusticia gravísima, no sólo porque cometo muchedumbre de actos

injustos -aun inconsciente e irremediablemente-, sino porque estoy en deuda con Cristo, con multitud de personas humanas a quienes no he dado lo que les debía en estricta justicia: de intercesión, méritos, expiaciones, testimonios, palabras, bienes afectivos de consuelo, confortaciones, aclaraciones, bienes materiales que la caridad me hubiera inclinado a ofrecerles o a conseguirles de otros...

Lectura de un sermón de Bourdaloue sobre el estado de culpa y el estado de gracia: el pecado mortal esteriliza toda las acciones -vanidad absoluta del pecado-. El pecado venial las esteriliza en gran parte. Y el predicador era jesuita... Acaso las esteriliza en cuanto al crecimiento actual totalmente...

Voy penetrándome un poco del horror al pecado...

Es cierto que cuanto tiene mi vida actual de ingrato procede casi en totalidad de los pecados pretéritos o presentes.

Con todo me da la impresión -y sería bien triste- de que siento menos asco de mis pecados que hace unos meses. Voy a releer los textos copiados de salmos y profetas acerca el asunto... Creo que en tiempos me hicieron mucho bien.

ÍNDICE

1.- Prólogo	1
2.- Disposición a la Cuaresma	3
3.- Sentido cristiano de la Cuaresma	21
4.- Para el Retiro cuaresmal	24
5.- Sacramento de la Penitencia	41
6.- La Cuaresma y la Cruz	51
7.- La Pasión de Cristo	62
8.- Jesucristo Salvador	69
9.- El misterio del pecado	76

FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"

Cuadernos publicados:

- N. 1: "Sesión Académica en Memoria de Don José Rivera Ramírez" (Agotado).
- N. 2: "José Rivera TESTIMONIOS I" (Agotado).
- N. 3: "La Teología". 20 Ed.
- N. 4: "El Espíritu Santo". 20 Ed. (Agotado).
- N. 5: "La Eucaristía".
- N. 6: "La Caridad".
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma". 20Ed.
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa".
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".
- N. 17: "CARTAS II".
- N. 18: "Adviento - Navidad".

Pedidos a: **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"**

Apdo. 307 45080 - TOLEDO

La **FUNDACIÓN "JOSÉ RIVERA"** distribuye gratuitamente estos cuadernos.

Para los donativos, ingresar en TOLEDO, Banco Central Hispano, Sucursal 2604, C/C 10680.90.

Toledo, 10 de Enero de 1997.